Nuestras propias historias

Vida en familia IV







Vida en familia

IV

PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA
Lenín Moreno Garcés

MINISTRO DE EDUCACIÓN
Milton Luna Tamayo

VICEMINISTRO DE EDUCACIÓN
Alfredo Astorga Bastidas

VICEMINISTRO DE GESTIÓN EDUCATIVA
Francisco Cevallos Tejada

SUBSECRETARIO PARA LA INNOVACIÓN EDUCATIVA Y EL BUEN VIVIR
Diego Paz Enríquez

DIRECTORA NACIONAL DE MEJORAMIENTO PEDAGÓGICO (E)
Laura Barba Miranda

EQUIPO TÉCNICO
Coordinación editorial: Verónica Vacas Andrade
Consejo editorial: Javier Calvopina Loaiza, Javier Saravia Tapia

EDICIÓN, ILUSTRACIÓN, DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN
Medios Públicos - EP

IMPRESIÓN
Medios Públicos - EP

ISBN: 978-9942-22-372-2

Av. Amazonas N34-451 y Atahualpa Quito, Ecuador

www.educacion.gob.ec

Simbología

Categoría


Estudiante


Docente y personal administrativo


Grupo familiar

Región


Costa


Sierra


Amazonía


Insular









Promovemos la conciencia ambiental en la comunidad educativa.

ADVERTENCIA
Un objetivo manifiesto del Ministerio de Educación es combatir el sexismo y la discriminación de género en la sociedad ecuatoriana y promover, a través del sistema educativo, la equidad entre mujeres y hombres. Para alcanzar este objetivo, promovemos el uso de un lenguaje que no reproduzca esquemas sexistas, y de conformidad con esta práctica preferimos emplear en nuestros documentos oficiales palabras neutras, tales como las personas (en lugar de los hombres) o el profesorado (en lugar de los profesores), etc. Sólo en los casos en que tales expresiones no existan, se usará la forma masculina como genérica para hacer referencia tanto a las personas del sexo femenino como masculino. Esta práctica comunicativa, que es recomendada por la Real Academia Española en su Diccionario Panhispánico de Dudas, obedece a dos razones: (a) en español es posible <referirse a colectivos mixtos a través del género gramatical masculino>, y (b) es preferible aplicar <la ley lingüística de la economía expresiva> para así evitar el abultamiento gráfico y la consiguiente ilegibilidad que ocurriría en el caso de utilizar expresiones como las y los, os/as y otras fórmulas que buscan visibilizar la presencia de ambos sexos.

Presentación

Los libros de la colección "Nuestras propias historias" son resultado del concurso organizado por el Ministerio de Educación en el marco de la campaña nacional de lectura. Esta convocatoria invitó a la comunidad educativa a relatar anécdotas, recuerdos, leyendas, costumbres y tradiciones de sus familias, barrios, escuelas y más lugares. Permitió compartir los conocimientos y saberes de abuelos y abuelas a través de los relatos de las experiencias que han tenido a lo largo de su vida.

Hoy publicamos los trabajos ganadores e incluimos también una *Guía de mediación lectora* dirigida a docentes que servirá para el fomento de la lectura dentro y fuera de las aulas.

En los libros que tienen en sus manos encontrarán relatos fantásticos, de amor y de terror; leyendas y descripciones de cómo se viven las tradiciones de nuestro país y cuentos que transcurren en la comunidad, la familia o la escuela. Son narraciones que han sido contadas por nuestros abuelos, abuelas, madres, padres, hermanas, hermanos, estudiantes, docentes y más gente que trabaja en nuestras instituciones educativas.

Cada uno de los relatos que aquí se cuentan han sido compartidos desde la palabra oral y la escritura entre toda la comunidad educativa; al leerlos nos conoceremos y acercaremos como comunidad para aprender los unos de los otros valorando la diversidad de conocimientos.

Esperamos que disfruten de esta lectura y que también se animen a contarnos sus propias historias.

Prólogo

La escritura de creación es un misterio. El momento en que alguien toma un bolígrafo y un papel, o está frente al teclado de un computador, se abren las puertas de algo insospechado; nadie sabe en realidad lo que puede ocurrir. La imaginación se pone en marcha, las imágenes nos hacen un cerco, los recuerdos nos caen como en una cascada para envolvernos. Estamos, en esos momentos, en un estado interno mental y emocional en pleno movimiento; una fuerza desconocida nos empuja para sacar a la luz algo que nos pertenece, que nos exige que lo dejemos salir a la claridad del día. Esa es la escritura de creación y la aventura de escribir.

Hay quienes, en un momento de su existencia –desde la adolescencia, en la época de las aulas escolares o más tarde–, eligen ese camino con un entusiasmo singular, movidos por una sensación interna que no puede ser descrita con facilidad. Lo único que saben es que se trata de un impulso que les lleva a escribir y crear un mundo que antes no existía ni en el papel ni en la pantalla. Ese es el misterio de la escritura.

Con esto no solo me refiero al trabajo que hacen los "escritores profesionales", hombres y mujeres, que han creado literatura y publicado libros como parte del oficio constante que tienen en su vida. No. Me refiero a que la posibilidad y las ganas de escribir están guardadas en cada uno de nosotros. Para muchos, la lectura de libros es el gran estímulo para escribir también. Unos han leído poco, y otros están intentando introducirse en el mundo que describen los libros que están en sus manos. La literatura (los

cuentos, las novelas, las tradiciones y leyendas escritas) no solo está para ejercitar el razonamiento y comprender el contenido de las narraciones, sino también para sentir con nuestro corazón lo que otros nos cuentan; por ello a veces nos hacen reír, nos ponen contentos, hacen que se nos escapen unas lágrimas (o al menos se nos hace un nudo en la garganta), o nos dejan pensando un rato.

Siempre creí en las capacidades y las ganas de escribir que tienen las personas que forman parte de la comunidad educativa: estudiantes, docentes, y también madres y padres de familia. Solo necesitaban una oportunidad, un empujoncito.

Al inicio, cuando en el Ministerio de Educación se planteó esta propuesta, muchos dudaron que el programa "Nuestras propias historias" pudiera dar resultados cuantitativos altos. En un principio tal vez se lo veía como un proyecto un poco soñador, que pretendía convocar a un gran desafío a la comunidad educativa del país. Por ahí incluso escuché decir: "pero si la gente ni siquiera lee, va a ser muy difícil que se ponga a escribir".

Sin embargo, no ocurrió así. Esta propuesta ha revelado algo que va más allá de la estadística o del cuadro de alcance de metas cuantitativas. Esto es un resultado concreto en términos educativos y culturales. Al interior de la comunidad educativa, la cifra final de 3 729 participantes —entre estudiantes, docentes, personal administrativo, madres, padres, abuelas y abuelos de todo el Ecuador, en unas provincias más que en otras— nos reveló que las personas tienen interés por narrar lo que les ha sucedido, lo que han escuchado o lo que han inventado también. De este gran total, para la publicación se seleccionaron más de ochocientas narraciones que tratan una gran variedad de temas: artes, oficios, profesiones y pasatiempos; leyendas y tradiciones; realismo social; relatos de amor, de terror o fantásticos; o historias de la comunidad, la familia o la escuela.

Este programa de escritura y lectura —originado en el sistema educativo y que tuvo el total apoyo e impulso del ministro de Educación Fander Falconí, durante su gestión— aportará al reconocimiento de la historia, la cultura y la identidad de nuestros pueblos, y será una fuente de investigación importante para estudios académicos (antropológicos y sociológicos) sobre la cultura e historia local y regional, de la población urbana y rural de todo el país.

La amplia gama de narraciones publicadas en los libros que conforman esta colección representa el primer fondo editorial construido en el Ecuador por los propios miembros de la comunidad educativa, que se convierten en creadores, investigadores y difusores de la cultura local y regional. Cada historia aparece con la información de cada autor, lo cual afirma el reconocimiento concreto de su aporte personal a este programa educativo de escritura, lectura e investigación.

Esta gran colección de narraciones se encuentra distribuida en todo el sistema de bibliotecas educativas y comunitarias a nivel nacional. Su entrega a los centros educativos estuvo acompañada de una guía pedagógica que orienta, dentro del aula, el uso metodológico de estos libros, ahora considerados una fuente importante de lectura e investigación del país diverso que tenemos. Esta diversidad está presente en cada una de "Nuestras propias historias".

LUIS ZÚÑIGA
Escritor y creador del Programa "Nuestras propias historias".

Índice

MARTINA PASTORA ORTEGA
nació en Babahoyo, Los Ríos, en 1976. Trabaja en la Unidad Educativa Comunitaria Intercultural Bilingüe Nación Puruha. Su actividad favorita es escuchar música.

Una experiencia de vida

Mi esposo y yo éramos una pareja feliz con dos preciosas hijas, Melanie e Ivanna, de once y ocho años, respectivamente. Una tarde, recibimos con mucha alegría la noticia de que seríamos padres por tercera ocasión. Con gran ilusión, yo esperaba que fuera varón, ya que veía con mucha nostalgia que mis hijas eran más apegadas a mi esposo.



Por todos los malestares que tenía en este embarazo y que no había tenido en los otros dos, estaba segura de que sería niño. Sin embargo, cuando me hacía las ecografías, el bebé nunca se dejaba ver el sexo. Mi esposo insistió en que me hiciera una en 3D, pero nunca accedí; me sentía cansada, con sueño, y me daba pereza salir.

Cuando se acercaba la fecha del parto, y de manera que estuviera lista para la cesárea, me mandaron a hacer los típicos exámenes de rutina, entre ellos otra ecografía. Recién ahí el doctor notó que algo pasaba, pero no lo entendía. En esas estuvo casi una hora, "navegando" en mi barriga.

De repente, un día me comenzó a quemar el estómago; tanto, que me la pasaba tomando agua helada y poniéndome compresas frías. Como era el último mes pensé que era normal, y no se lo comenté a la doctora. Sin embargo, un sábado a la noche,

después de comer una naranja, comencé a vomitar sin parar. Inmediatamente acudí al mismo hospital donde habían nacido mis otras hijas; allí, los doctores y las enfermeras habían sido muy amables conmigo.

Lo primero que me mandaron a hacer fue otra ecografía, para ver si el número de semanas de gestación permitía que me internaran para realizarme la cesárea. A los dos días comencé a desangrarme, por lo que entré de emergencia al quirófano para ser atendida por el doctor Benito Vallas. Este, al ver la complejidad de mi caso, me dejó abierta en pleno quirófano y dijo que no se responsabilizaba. Entonces fui atendida de forma inmediata por el doctor José Inca, quien estuvo todo el tiempo conmigo, hasta mi recuperación.

Lo que tenía eran várices que comprimían mi organismo. Esto hacía que el bebé tratara de huir subiendo por mi estómago; para sacarlo, tuvieron que hacerme dos cortes, uno horizontal y otro vertical. Así vio la luz mi hija Mayerly, que nació sana y fue dada enseguida de alta. Sin embargo, yo comencé de nuevo a desangrarme, a tal punto que caí en estado de coma. Tuvieron que ponerme tampones y coserme.

Entré a la unidad de cuidados intensivos, donde me hicieron otros dos orificios en el lado derecho para entubarme. Luego de tres días me volvieron a abrir para ver si la hemorragia se había detenido. Vinieron doctores y especialistas de varias ciudades; estaban allí para socorrerme ante cualquier complicación.

Yo seguía en coma y sobreviví a punta de plasma y de plaquetas, ya que mi tipo de sangre es muy difícil de conseguir. Mis hijas no tenían conocimiento de la gravedad de mi situación, y se enteraron por la televisión, ya que un amigo de mi esposo trabajaba en un canal y pasó un comunicado en el que se solicitaba mi tipo de sangre. Allí salía mi nombre completo, y mis hijas ya sabían leer.

Muy pronto se regó la noticia: vinieron mis padres, mis hermanas y mis hermanastras. Nunca pensaron que saldría con vida, pues mi situación era muy delicada. Es más: los doctores me habían desahuciado, ya que de mi caso solo se presenta uno en un millón de pacientes, y normalmente no sobreviven. Pero, finalmente, mi tipo de sangre comenzó a llegar. Un helicóptero lo llevaba de urgencia a Ambato, y desde ahí mi esposo tenía que pagar un taxi para llevarla a Riobamba.

Estuve ocho días en coma, de los que solo recuerdo a mis hermanas, que me hablaban. Las veía borrosas, como en un sueño, y sus voces se escuchaban muy lejanas. Luego pasé veintitrés días en recuperación, pero no veía el momento de salir y conocer a mi hija.

Salí finalmente, pero mi herida no cerraba, así que tuve que ir un mes más a que me la curaran. Además, me mandaron tres años de reposo y de por vida no puedo hacer fuerza por lo complejo de mi situación.

Mi esposo, mis hijas, mis hermanas y mis padres me consintieron mucho para que mi recuperación no me afectara tanto, ya que lo que pasé fue terrible. Fue una situación que marcó a mi familia y que a la vez nos unió más que nunca.




MARÍA CARMEN LEMA
nació en Naranjito, Guayas, en 1979. Actualmente es ama de casa. Su hija Lisbeth Carolina Ramírez estudia en la Unidad Educativa Monseñor Juan Wiesneth.

Recuerdos de mi niñez

Yo vivía muy feliz en el recinto Barraganetal, un pequeño sector de la provincia del Guayas. Sin embargo, mi vida cambió por completo el momento en que mis padres compraron una finca en Santo Domingo. Aquí comienza mi triste historia.

Éramos cuatro hermanos, dos de los cuales —Ana y Segundo— viajaron junto a mis padres a Santo Domingo.



Matías y yo nos quedamos en el campo con una tía que no era buena, pero necesitábamos terminar nuestros estudios. Fueron aproximadamente dos años los que pasamos alejados de nuestros padres. No los podíamos abrazar ni pedir la bendición antes de salir de la casa.

Cuando terminamos la escuela, fuimos a Santo Domingo. ¡Sentimos tanta felicidad! ¡Por fin estábamos junto a nuestros padres! Sin embargo, pasaron algunos meses y migraron nuevamente. Ahí nos quedamos por segunda vez solos, en un departamento arrendado, al cuidado de una señora mezquina llamada Beatriz, que nos daba sopa de fideo sin sal mientras su familia comía arroz con carne frita.

Mi hermano y yo solíamos encerrarnos a llorar en nuestro cuarto, y nos preguntábamos por qué nuestros padres no nos habían llevado con ellos y con mis otros dos hermanos.

La señora y su familia nos hacían la vida difícil. La casa era de madera y tenía dos pisos, y nosotros dormíamos en la planta baja. A medianoche a veces sentíamos que nos caía agua del techo, pero, en realidad, ¿qué creen que era? Los hijos de la señora orinaban entre las tablas. Nosotros movíamos la cama para que no nos cayera, pero no había forma.

Una vez me enfermé: me salieron en todo el cuerpo unos granitos llenos de pus, con mal olor. La señora Beatriz, en lugar de cuidarme, me daba de comer en el patio, como si fuera un perro. Mi hermanito me llevó al río Toachi, cogió montecitos de la orilla del río, los machacó con unas piedras y me los untó en todo el cuerpo. Así, mis heridas cicatrizaron.

Nadie podrá reemplazar aquellos momentos sin mis padres. Sentía un gran vacío al no poder tenerlos junto a mí cuando más necesitaba de su amor y de su cariño. No tenía a quién decirle: "Mamita, me voy a la escuela". No había quién revisara si hacía mis tareas bien o mal. Al llegar a mi cuarto y ver las cuatro paredes vacías, se me partía el corazón.

Por eso, amo a mis hijos con todo mi corazón. Ellos son el mejor regalo de Dios.




GRACIELA OSORIO
trabaja en la Unidad
Educativa Sagrado
Corazón de Jesús
Bethlemitas.

Cristo es camino y verdad

Dios ha enviado a mi vida una señal sublime: me ha delegado ser pastora de un reducido pero significativo rebaño, y respondiendo a su llamado acepté desde lo más divino de mi alma ser discípula de Su camino, instruirme con Sus sabias palabras y anunciar Su fiel testimonio por medio de una vida consagrada a Él.

El Señor fue paz en mis angustias, derramó alegría en mis tristezas, me brindó Su hogar en la orfandad, fue acogida en el

rechazo, es el autor de mi historia y a la vez, el protagonista de mi vida. Es el creador del mundo.

En mis actividades como religiosa me encontraba trabajando en un colegio de Quito en el año 2000. Por mandato de la superiora provincial me debía trasladar a una comunidad de Manta para brindar mis servicios como misionera. Esta era mi pasión: ayudar a los demás a conocer y vivir con Dios.

Con antelación mandé a hacer la vestimenta apropiada para el clima y las actividades; todo estaba preparado, pero vino una disposición de la madre general de la Comunidad Bethlemita: se me había asignado para estar a cargo de la Escuela de Latacunga. Estaba angustiada, porque mi visión como religiosa no estaba enfocada en la formación académica sino en la evangelización. A pesar de que mi familia residía en Latacunga, yo me resistía a vivir allí, pero se trataba de una orden superior y finalmente tuve que cumplirla, aunque con apatía.

Llegué a la ciudad, y por una gran coincidencia ese mismo día recibí una llamada. Era mi hermano Polo, un médico arraigado en la ciudad de Santo Domingo de los Tsáchilas.

—Hermana —me dijo—, la enfermedad de mi padre no es solamente gastritis. Los síntomas que presenta dan como resultado un cáncer terminal. Necesito que me acompañes mañana a realizarle unos exámenes en Solca. —Por nada del mundo se lo podía negar.

Fueron días muy difíciles en diversos ámbitos, especialmente económicos, pero agradezco a Dios por haberme puesto a personas tan bondadosas en mi camino. Nunca subestimaré la buena voluntad de la madre general, su colaboración, comprensión y buen corazón. Mi padre cerró sus ojos para abrirlos al cielo el 28 de octubre de aquel año.



Mi agradecimiento a Dios es y será infinito por mostrarme el camino correcto a seguir. Él me obsequió una gran enseñanza de amor porque fue Su voluntad que mi padre y yo pasáramos juntos sus últimos días de vida; por lo tanto, tenemos que obedecer siempre sus mandatos: nuestras vidas están escritas por Su sagrada mano y Él es el maestro de ellas.

NIEVES ALEXANDRA CANDELEJO
nació en Angamarca, Cotopaxi, en 2002. Estudia en primer año de Bachillerato de la Unidad Educativa 14 de Octubre-Vicente Rocafuerte.

Vida libre

Mi nombre es Nieves Alexandra Candelejo Lasinquiza. Nací el 1.° de abril del 2002 en la comunidad Pigua Quindigua, parroquia de Angamarca. Mi papá se llama José Rosalino Candelejo Chaluiza y mi mamá, María Rosa Lasinquiza. Somos tres hermanas.

En aquel entonces vivíamos en el páramo, donde teníamos muchos animales: ovejas, cuyes, llamas y dos vacas. Yo estudiaba en la Escuela Chone, y fui una excelente alumna hasta llegar al quinto año; ahí empezaron los problemas.



Mi papá siempre trabajó en Quito; mis hermanas y yo vivíamos con mi madre y mi tía, que nos acompañaba cuando podía. Sin embargo, a veces, cuando mi padre venía, nos maltrataba.

Un viernes por la tarde, mi mamá viajó a Zumbahua con mis hermanas, pues mi padre le había pedido que hiciera unas compras. Como tenía mucho miedo de que me robaran, llevó los animales más grandes a casa de mi abuela, y le pidió a una vecina que me acompañara. A pesar de que dijo que regresaría pronto, lloré de la tristeza.

Mi mamá se fue en un camión con la gente de la comunidad y mi abuela; viajaban así porque no les gustaba ir en bus. Yo me fui a pastorear las ovejas con mi prima, cuando de repente llegó mi tía llorando:

—Vamos —nos dijo.

Llevé a las ovejas al redil y le pregunté:

—¿Por qué llora? ¿Qué pasa? —Pero no me respondió, solamente lloraba.

Seguí preguntando y después de diez minutos me dijo que el camión en el que viajaba mi mamá había tenido un accidente; el conductor estaba borracho. Había cuatro fallecidos y quince heridos. Mi madre había muerto.

Yo no sabía qué hacer, solo me puse a llorar. Después de un rato llegó mi papá, también llorando; venía a llevar los papeles que faltaban para los trámites. Yo tenía nueve años y mis hermanas, seis y tres.

Después de cuatro meses, mi papá consiguió una mujer, que pasó a ser mi madrastra. Era muy mala: siempre peleaba con mi papá, así que yo salí de la casa y me fui a vivir con mi abuela. Entonces, también empezaron a pelear con mi abuela.

Cuando tuve doce años, mi papá compró un terreno en la parroquia La Victoria, y nos cambió de escuela. Yo tenía muchos problemas, porque no sabía hablar bien español; mi idioma materno es el kichwa.

Mi padre continúa trabajando en Quito, al igual que mi madrastra; tuvieron dos hijos. Yo, a pesar de todo, hasta ahora tengo una vida libre con mi familia.

MAGALY MARIBEL SÁNCHEZ nació en Naranjito, Guayas, en 1993. Actualmente es ama de casa. Su hija Ketsya Cadena estudia en la Unidad Educativa Monseñor Juan Wiesneth.

Mi historia familiar

El 6 de julio de 2009 comencé con mi esposo una vida en familia. Ese día decidimos formar un hogar lleno de amor, con muchas ilusiones, con muchos planes para el futuro. Tan bien nos fue, que al primer año tuvimos una hija, a la que llamamos Ketsya.

Durante mi embarazo no tuve complicaciones, y estábamos muy felices por su llegada a nuestras vidas. ¡Realmente fue una bendición de Dios! Sin embargo, nos tocó una dura prueba como padres: nuestra hija nació con lipomas multilabiales, una pequeña malformación en sus maxilares.

Como padres primerizos, aquella etapa llena de dolor fue muy dura. Nuestra pequeña hija estaba constantemente haciéndose exámenes o pasando por tratamientos, y vivíamos pendientes de ella. Mi esposo trabajaba todo el día porque debíamos juntar todo el dinero posible para los viajes a Guayaquil, donde debía atenderse.

Los primeros meses fueron tristes, pero nuestra felicidad aparecía cada vez que nuestra hija nos sonreía, y eso era siempre. Por ella luchamos cada día.

A los tres meses se realizó su primera operación. Para mí, como mamá, fue angustiante no saber qué podía pasar. Sin embargo, gracias a Dios todo salió bien. Pasamos una semana en el Hospital del Niño Roberto Gilbert, mi esposo y yo, haciéndonos compañía.

Solíamos tener días difíciles, pero siempre juntos. Como en todo hogar, hubo tropiezos, y de todos supimos levantarnos.

Con el transcurrir del tiempo, quedé embarazada por segunda vez. Al principio tenía miedo de lo que le pudiera ocurrir a mi futuro bebé, pero las cosas salieron bien, y en el 2014 nació Mateo. Ketsya era muy feliz con su hermanito, y aunque en los primeros meses fue duro para mi esposo porque teníamos más gastos, para todo encontrábamos una solución.

A los tres años, mi hija tuvo su segunda operación. Mateo, en ese entonces, tenía solo seis meses de nacido, pero lo dejé en casa de su abuelito y permanecí al lado de Ketsya.

La operación fue difícil, tanto para mi esposo como para mí. Fue doloroso porque nuestra pequeña, las que nos sonreía todo el tiempo, las que nos alegraba solo con verla, tenía su boquita cosida por dentro, su carita hinchada y su malestar a flor de piel.

Al despertar de la anestesia nos llamaba. Aunque no hablaba claramente, le entendíamos:



—Mami, papi, ¿por qué la doctora me hizo esto? Ya no puedo hablar ni comer.

No es lo mismo escribirlo que sentirlo. Para un padre es una experiencia muy dura, pero el amor de la familia nos ayudó a superarla y a confiar en un futuro mejor.

Cuando Ketsya cumplió cuatro años, entró a la escuela. Hoy va muy bien con sus estudios; ya tiene seis años y Mateo, tres.

Mi esposo y yo trabajamos mucho para darles lo mejor. Siempre estamos pendientes de ellos, queremos demostrarles y que sepan que estaremos a su lado a cada momento.

Doy gracias a Papito Dios porque, a pesar de lo malo siempre seguimos adelante, juntos en el hogar, llenos de amor, de paz, de sinceridad y, ante todo, con respeto.

MARÍA JOSÉ GUADALANGO nació en Ibarra, Imbabura, en 1999. Estudia en segundo año de Bachillerato de la Unidad Educativa Imbaya. Su actividad favorita es la danza.

¿Qué más le puedo pedir a la vida?

Nací el 29 de marzo de 1999 en un ambiente lleno de amor y felicidad. Decidieron llamarme María José, y soy la segunda de cuatro hermanas.

Aún recuerdo el primer día que mi mamá me llevó a clases, al jardín Granda Centeno. Tomada de su mano, observaba a mi alrededor y veía niños como yo, que luego serían mis amigos y a los que todavía recuerdo, porque formaron parte de mi infancia.



Luego estudié siete años en la escuela Jacinto Collaguazo. Al terminar, decidí irme a otro colegio para seguir mi sueño y ser maestra en corte y confección.

El primero de marzo de 2014 —lo recuerdo tan bien porque fue el día que cambió mi vida— me sentía muy mal y tuve que pedir permiso en el colegio. Apenas llegué a casa, mi madre, asustada, me llevó de emergencia a la casa de salud de Imbaya, donde me dijeron que mis síntomas no eran normales. En ese instante me dieron el pase al hospital de Atuntaqui, donde me realizaron un examen de sangre para saber lo que tenía. Al ver el resultado, los doctores hablaron con mi madre y me trasladaron al Hospital Baca Ortiz, ubicado en la ciudad de Quito, donde me realizaron el mismo examen y confirmaron que tenía leucemia linfoblástica aguda.

Mi madre fue la primera persona en enterarse, y en ese mismo momento le hicieron firmar un permiso para que me realizaran

las quimioterapias, ya que eran de alto riesgo y mi vida corría peligro, pues no sabían cómo podía reaccionar mi organismo; incluso podía morir. Eso me produjo mucho miedo, ya que era una señorita de catorce años con deseos de vivir.

Mi madre, llena de desesperación, angustia, dolor y tristeza, llamó a toda la familia para comunicarles mi enfermedad. Ellos se preocuparon mucho, pues no podían estar con nosotras.

A las once de la noche me trasladaron al quinto piso: Oncología. Yo pensaba que podría salir por la mañana; sin embargo, mi madre me miraba con lágrimas en los ojos. Sabía que nos íbamos a quedar mucho tiempo.

Al día siguiente, desperté a las cinco de la mañana manchada de sangre, porque se me había salido la vía. Un médico entró en mi habitación pero no dijo nada, solo me la cambió y se fue. A las nueve entró una psicóloga para explicarme acerca de mi enfermedad y cómo iban a ser mis tratamientos. En ese instante tomé la mano de mi madre y mis ojos se llenaron de lágrimas. En realidad no dije nada, solo me asusté: mi corazón latía más fuerte que el de un ratón. Entendí entonces la gravedad de la enfermedad y empecé a temblar. ¡No quería morir!

Los doctores caminaban de un lugar a otro. Me sentía muy asustada, ya que en mi habitación había dos niños con mi misma enfermedad. No tenían cabello y su piel era muy pálida. Lloraban siempre, por la más mínima cosa. Recuerdo que en mi mente solo gritaba una y otra vez: “Es un sueño, es un sueño del cual voy a despertar. No voy a morir, no voy a morir”. Las lágrimas rodeaban mi rostro y mi cuerpo se estremecía.

Pasados tres días me realizaron mi primer aspirado de médula ósea. Fue tan doloroso como si estuviera en una pesadilla de Freddy y nadie pudiera sacarme de ella. A la mañana siguiente

desperté llena de sueros y con oxígeno. Desde ese momento ya no importaba si era de día o de noche, solo lloraba.

El 17 de marzo del mismo año me realizaron mi primera quimioterapia, algo que realmente no le desearía a nadie. Al terminar sentía que mi estómago se revolvía. Tenía un olfato tan sensible que percibía la comida del hospital desde que estaba en el ascensor, y rápidamente me ponía sobre la nariz una toalla con alcohol, porque el olor era insoportable. Odiaba esa comida, y la sigo odiando.

Pese a mi malestar, agradezco a los familiares que estuvieron conmigo en esos momentos de amargura, en especial a mis hermanas y a mi padre. Ese día recibí una llamada de mi mejor amiga que me dio ganas para no rendirme. Estuve un mes internada. Extrañaba mucho mi casa y mi familia. Sin embargo, todos los días recibía una visita especial, y eso me daba fuerzas para continuar.

El 29 de marzo sería mi cumpleaños y me sentía fatal. ¿Cómo era posible que en vez de estar feliz, festejando y divirtiéndome como una adolescente, estuviera tirada en una cama de hospital? De repente entró una doctora para comunicarme que podía ir a mi casa; ese momento sentí una felicidad que nunca antes había tenido. Al salir, lo primero que vi fue a toda mi familia. Mi cuerpo comenzó a temblar, pues valoré su compañía y me di cuenta de lo mucho que los extrañaba y de la falta que me hacían. Fueron tres horas de camino a casa, y cuando llegué me esperaban amigos, vecinos y familiares; lloraban de la alegría al verme.

Pasada una semana, regresé nuevamente al hospital. No fue una decisión fácil, pero lo hice. Durante el tiempo que estuve allí nos informaron sobre una fundación llamada Asonic que ayuda con alimentación y hospedaje. Incluso me realizaron la fiesta de quince, ya que mis padres no contaban con el dinero suficiente. A

ella asistieron todos mis amigos con la misma enfermedad. Pasé momentos increíbles con ellos y con mi familia.

Con el transcurso del tiempo, cuatro de mis mejores amigos fallecieron. Fue un dolor muy grande para mí; habían ingresado al hospital por la misma fecha que yo. Además, coincidió con el abandono de mi padre. Eso fue bastante doloroso. Me sentía destrozada, pero a la vez orgullosa de mi madre, ya que se volvió también padre para nosotras. Nunca nos dejó solas y menos a mí, que era la que más necesitaba de su comprensión.

Entre el dolor del abandono y la enfermedad, llegó otro año y me realizaron un examen de medula ósea. Gracias a Dios, salió negativo. Después de eso, debía ir al hospital dos veces al mes. Igual, seguía tomando veinte pastillas diarias.

El 24 de febrero de 2016 me realizaron el examen de enfermedad residual y desde entonces he estado en vigilancia durante diecisiete meses. De todas formas, pese a que mi enfermedad mejoró, siempre debo estar alerta.

Hoy curso el segundo año de bachillerato y en el colegio tengo buenos amigos y excelentes maestros que me enseñan y están conmigo apoyándome y dándome aliento. ¿Qué más le puedo pedir a la vida?




ZULLY MELANNIE PASTUÑA
estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa del Milenio Cacique Tumbala.

Un milagro

El 28 de febrero del 2015 salimos a pasear con mi hermana, mi cuñado y mis papás a la feria del centro de la ciudad de Guayaquil, a celebrar el cumpleaños de mi sobrina Keyli. Había mucha gente y alimentos para servirse.

Cuando nos disponíamos a comer, sin embargo, surgió una emergencia: mi abuela llamó a mi papá y le dijo que mi abuelo estaba en el hospital. Inmediatamente salimos de Guayaquil a La Maná para ver cómo seguía mi abuelo; además, nos faltaba saber cuál era el motivo de su estado.

Cuando llegamos nos encontramos con mis familiares, que nos dijeron que mi abuelo había tenido un accidente y estaba muy mal de salud. Mi abuela estaba destrozada, no paraba de llorar. Entonces salió el doctor Ortega:

—El paciente va de mal en peor —dijo—. Si lo operamos en este estado, no lo resistirá.

Mi tío Juan se puso a llorar y le pidió por favor que hicieran lo posible para salvarlo. Al rato llegó un doctor nuevo para atender a mi abuelo, y nos dijo:

—Si la operación no funciona, nosotros no nos haremos cargo. Para hacerla necesitamos la firma de los hijos del paciente.

Firmaron aquel documento mis tíos, e incluso mi mamá. A partir de ahí, solo nos quedaba confiar en Dios.

Las horas pasaron hasta que al fin salió el doctor Ortega:

—Lo siento, pero no resistió la operación. —Y añadió—: No sabemos si el paciente está muerto o en coma. Para ello tendremos que esperar al menos 78 horas. —En ese momento, todos nos pusimos a llorar; no queríamos perder a nuestro abuelo.

Cuando se hizo de noche, mis tíos y mis padres se fueron a la casa a descansar, pero yo me quedé, porque tenía la esperanza de que mi abuelo despertara. Alrededor de las once me levanté de la silla y lo vi, postrado en su cama. Me dieron ganas de llorar y lo abracé muy pero muy fuerte. Luego salí al pasillo, donde el doctor nuevamente me dijo:

—No es necesario que te quedes, porque de todas formas tu abuelo se va a morir.

—Mi abuelo va a salir de esta operación —le contesté—, y va a ir conmigo a la casa.

—Bueno —respondió, encogiéndose de hombros—, como se dice, “la esperanza es lo último que muere”.



Cuando regresé al cuarto lo volví a abrazar, y entonces mi abuelo me agarró la mano:

—No estés así, hija —dijo juntando fuerzas—, porque yo estoy bien.

Inmediatamente llamé a mi papá y le conté lo que había sucedido. A las ocho y media de la mañana llegó toda la familia para corroborar lo que yo había dicho. Cuando fuimos a ver a mi abuelo, en verdad estaba bien: fue un milagro de Dios que hubiera resistido la operación, pues era muy complicada.

—Que yo esté vivo todavía —dijo mi abuelo— es porque mi Dios me ayudó y no me dejó solo nunca. —Y me miró—: Te agradezco mucho, mija, que te hayas quedado aquí conmigo.




JAVIER ALEXANDER APONTE
nació en Naranjito, Guayas, en 1987. Actualmente es empleado. Su esposa Jenny Meza estudia en la Unidad Educativa para Personas con Escolaridad Inconclusa Las Golondrinas.

La vida de Israel

Jenny Meza y Javier Aponte esperaban con ansias el nacimiento de su hijo. Oraban a Dios que todo saliera bien, y decidieron que se llamaría Israel.

El pequeño nació en un hospital el 20 de julio del 2014, en Quinindé. Sus padres estaban contentos y emocionados, aunque la mamá un poco agotada por el parto. Sin embargo, aquel niño, con sus tiernas manitas, le quitaba el dolor y llenaba de alegría y regocijo el corazón de todos.



El bebé, como era de esperarse, con el pasar del tiempo comenzó a gatear. Sus dos hermanas, Érika y Katherin, jugaban con él. Su papá esperaba con ansias a que terminara la jornada de trabajo para ver a su hijo y tomarlo en sus brazos.

Un día, el pequeño cayó enfermo con una fiebre leve que luego aumentó. Sus padres, preocupados, lo llevaron a un doctor que les habían recomendado. Él lo revisó y les mandó a hacerle exámenes de paludismo; el resultado salió positivo. Con la medicina que les mandó, los padres regresaron a la casa contentos, pensando que allí había terminado todo. Sin embargo, los calmantes le bajaron la fiebre por un tiempo, pero luego dejaron de dar resultado y el caso empeoró.

El bebé, que antes era robusto, ahora estaba delgado. Sus padres estaban angustiados, la preocupación los agobiaba. Lo volvieron a llevar al doctor, pero esta vez los resultados daban

negativos; les mandó más remedios e inyecciones. Cuando se las daban, el pequeño ponía los ojos en blanco y su papá suspiraba. En su corazón, clamaba: "Dios, sana a mi hijo. Él es tuyo".

Una noche, el niño empeoró. Los padres ya no tenían dinero, puesto que los remedios eran demasiados caros. Al día siguiente, su papá volvió a su oficina, pero no podía trabajar con normalidad. Andaba aturdido y de a ratos lloraba: quería volver a casa y ver sano a su hijo.

Un amigo, que era creyente, se le acercó y le contó su historia. Su caso era idéntico, con la diferencia de que el hijo de aquel hombre había muerto hacía ya varios años. Entonces, Javier oró fervientemente a Dios para que su hijo fuera sanado.

Al día siguiente, sin dinero, ya resignado, lo entregó al Señor, diciendo:

—Que se haga tu voluntad, Dios, te lo entrego.

Una vez más lo llevó al subcentro de salud. Al llegar, pasaron por Emergencias y el doctor, en cuanto lo vio, le dijo:

—¿Crees en lo que te voy a decir?

—Sí, doctor.

—Suspéndanle todos los medicamentos y solo tráiganlo tres veces al día para hacerle nebulizaciones, empezando desde ahora.

El bebé simplemente tenía flema en los pulmones y principio de bronquitis. Así, finalmente, comenzó a recuperarse.




RICHAR VINICIO VEGA
estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Padre Antonio Bresciani.

Sin mi padre

Todo sucedió cuando yo tenía seis años y vivía junto a mis padres y mis hermanos, Sócrates, Eva y Édison. Me parecía que estábamos bien: en ese entonces mi madre estudiaba y mi padre trabajaba; casi no pasaban en la casa, y nosotros estábamos al cuidado de nuestra abuela.

Un día, sin embargo, llegó a nuestro hogar una señora para trabajar de empleada. Desde aquel día, todo fue distinto: mi padre, que era cariñoso y divertido con nosotros y nunca discutía con mi madre, de repente empezó a comportarse de manera extraña. Cuando llegaba a



la casa venía con actitud seria, se disgustaba por todo. Cada día que pasaba era como si fuera otra persona, otro hombre.

Pues resultó que la empleada era su amante; de un rato a otro desaparecieron. Mi madre no contaba con muchos recursos económicos, y encima se habían llevado todo lo que teníamos en la casa: cocina, cobijas y demás. Yo era muy pequeño, y mi inocencia no me permitía ver el problema, solo captaba el sufrimiento y el llanto en el rostro de mi madre.

De mi vida, ella es la que me sorprende, porque, a pesar del sufrimiento y de los problemas que ocasionaron los familiares de mi padre, mi mamá supo tomar el camino correcto y superar aquella barrera. Ella fue la que luchó por sacarnos adelante a mis hermanos y a mí. Aun hoy, que vivo junto a ella, no soy consciente del sacrificio que hace. Me dio un propósito y una meta, pero no sé si los estoy aprovechando.

Si mi madre leyera esto, tan solo quisiera decirle lo mucho que la amo y lo importante que es en mi vida. Quisiera darle las gracias porque ella es la que lucha por mí, es mi fortaleza en los momentos de llanto y tristeza, y la única persona que me demuestra un amor verdadero.

PABLO DANIEL ENRÍQUEZ
nació en Ibarra, Imbabura, en 2005. Actualmente es estudiante de la Unidad Educativa Cascales.

Historia de mi bisabuela

En 1940 nació María Emilia Andrade, una niña delgada, de ojos claros y pelo semizambo de color marrón. No sabía quién era su padre ni qué futuro la esperaba, porque su madre era muy pobre: no tenía para darle ni siquiera un techo donde vivir, y a sus cinco años la abandonó.

La niña caminaba muy triste hacia donde la llevaran el frío, el hambre y la sed. Finalmente apareció una persona que la recogió



y la vistió, pero en su familia eran muy malos: la hacían trabajar para darle de comer.

Cuando cumplió diez años, se cansó de ser maltratada y huyó para encontrarse nuevamente con su madre. A pesar de que trabajaban muy duro, apenas sobrevivían.

Con el tiempo, la madre enfermó. Pensando en que su hija, ya quinceañera, se iba a quedar nuevamente sola, tomó la decisión de casarla a la fuerza con un desconocido, quien la trataba muy mal.

Al poco tiempo, María Emilia quedó embarazada. Cuando recibió a la niña en sus brazos, se la mostró a su esposo y él la rechazó. La joven lloraba pidiendo a Dios que su historia no se repitiera, pero a su esposo no le agradó lo que escuchó, y terminó matando a golpes a la beba. María Emilia, llorando desconsoladamente, se la llevó al cementerio para sepultarla.

Con el tiempo la pareja tuvo cinco hijos más: Mesías, Genoveva, Susana, René y Sara, que crecieron y ayudaron a su madre a salir adelante. Lucharon por estudiar pero no tenían el apoyo de su padre, así que desde jóvenes salieron a buscar trabajo. Después de reunir algún dinero, compraron una tienda para que su madre trabajara allí. Ella los abrazó muy cariñosamente y lloró de emoción por el premio que le habían dado.

Las hijas mujeres la ayudaban a vender, y les iba bien hasta que se enteró el esposo y empezó a gastarse el dinero con sus amantes. Se paseaba en las ciudades y después regresaba e insultaba a su familia. No se daba cuenta que él era el causante de su desdicha, porque era muy vago.

Finalmente, los hijos se cansaron y trataron de echarlo de la casa, para que su mamá ya no sufriera. Sin embargo, como él no se iba, ella regresó al campo para sacar adelante la tierra.

Allí tuvieron varios problemas. Uno de ellos era que no había agua: la señora tenía que cargarla en una tinaja y llevarla a la casa durante un kilómetro. Después, sembraban maíz para criar gallinas y chanchos, pero personas de mal corazón se lo robaban. No obstante, nada de aquello los derrotó. María Emilia y sus hijos seguían luchando para salir adelante.

Pobre mujer, ella no conocía qué era la felicidad. Miraba a sus hijos ya grandes y pensaba que a la larga iba a necesitar volver con su terrible esposo, que nunca se iba a poder librar de él. Ella se decía: "La culpa tiene mi mamá por haberme obligado a casar con quien ni conocía".

Con el tiempo, efectivamente, sus hijos se casaron y nacieron sus nietos y nietas; una de ellas fue mi madre, la gran alegría de mi bisabuela. Cuando creció, se casó y nací yo, a quien pusieron Pablo, nombre bíblico, pues mis padres creen mucho en Dios.

Unos años más tarde, la casa de mi bisabuela se quemó y ella se enfermó del corazón por la tristeza de haber perdido todo lo que con esfuerzo había construido. Después de algunos meses, tristemente falleció, pero nos dejó muchas enseñanzas, sobre todo a luchar para conseguir lo que más se anhela.




SONIA CRISTINA TIGSE
estudia en segundo año
de Bachillerato de la
Unidad Educativa Pujilí.

La familia de Flor

Pedro y María se amaban mucho. Ya iban dos años en pareja, y decidieron irse a vivir juntos. Con el tiempo tuvieron una hija muy linda a la que decidieron llamar Flor. Los puso muy felices, porque ya formaban una familia entre los tres.

Pero después de unos años, la madre de Flor dejó de sentir amor por su padre. Estaba interesada en lo material, y ya no quería ni a su propia hija. Así, un día, María salió de la casa con sus pertenencias y se fue con otro hombre.



Pedro, que aun traicionado por la mujer la seguía amando profundamente, decidió que iba a luchar y salir adelante por su hija, para que no le faltara nada. Flor tenía apenas un año y medio.

Un tiempo después, Pedro conoció a una mujer muy linda llamada Rosa. Le contó que tenía una hija, y aun así Rosa lo aceptó, porque se había enamorado de él. Luego de dos años de enamorados, se casaron.

Flor estaba muy feliz, porque veía que su padre tenía una gran sonrisa en su rostro. Además, Rosa la quería como si fuera su propia hija. Pero a pesar de que habían formado un hermoso hogar entre los tres, cuando Flor entró a la escuela, Pedro y su esposa tuvieron que ir a vivir a Quito por trabajo. La niña quedó a cargo de sus abuelitos.

Flor terminó la escuela con excelentes notas: fue escolta de la bandera del pabellón nacional. Contenta, había cumplido su

primera meta, que era demostrar a sus abuelitos que sería buena para los estudios.

Por otro lado, su padre y su madrastra, ya con cinco años de casados, buscaban tener un hijo, pero Pedro no podía. Rosa siguió un tratamiento por un año y finalmente tuvo una niña a la que llamaron Margarita. Flor, muy feliz por su nueva hermanita, la cargó en sus brazos y le dijo que la quería mucho.

Se notaba que Pedro quería a sus dos niñas por igual, pero Rosa ya casi no tomaba en cuenta a Flor. La niña, triste porque su madrastra no la quería, se puso a llorar. Su padre la abrazó y le dijo:

—No llores… Rosa sí te quiere, pero ahora se encariñó con su primera hija.

—Pero ¿por qué me dejaron con mis abuelitos —siguió la niña—, por qué no estoy con usted, que es mi padre?

Pedro le respondió:

—Porque tuve que trabajar para que no te faltara nada y para poder salir adelante con nuestra nueva familia, que son ustedes.

Flor ya tenía que entrar al colegio y su padre quiso llevarla a Quito, pero Rosa sugirió que no, que debía seguir viviendo con sus abuelos. La niña, muy triste, le gritó a Pedro:

—¡Tú ya no eres mi padre! ¿Por qué ya no me quieres? Solo te importa tu otra hija, y yo nada. —Y, muy decepcionada, salió corriendo de la casa.

Flor entró al Colegio Enríquez Gallo, y estudió aún más para demostrar que era una buena señorita. Después de algunos años ella ya tenía quince, su hermana Margarita cumplió cuatro, y Rosa tuvo otra hija muy hermosa llamada Sofía.

Flor no sabía lo que había pasado con su propia madre, así que una noche se lo preguntó a Pedro:

—¿Y mi madre verdadera? ¿Qué pasó que no está conmigo?

Su padre, muy triste, le dijo:

—Muy pronto lo sabrás, pero no te apresures, Flor. Tú eres mi hija preferida, por ti salí adelante. —Al escuchar aquellas palabras, la joven se conmovió mucho.

Pedro le hizo una fiesta para celebrar sus quince años, y a ella llegó una señora que no estaba invitada. Pedro se sorprendió, tomó a su hija y le dijo:

—Ella es tu madre verdadera. Te abandonó cuando tenías un año y medio.

La madre de Flor le pidió perdón, pero la joven no la quería ver, le parecía muy triste conocerla recién a esa edad.

A la mañana siguiente, Flor salió a misa con su padre, y de pronto María volvió a aparecer y la tomó de la mano.

—Hija mía, quiero hablar contigo, por favor.

Flor se lo permitió, y su madre empezó a contarle muchas mentiras de su padre. Sin embargo, la joven lo conocía muy bien y no le creyó nada.

—Te perdono —dijo Flor muy decepcionada—, pero no quiero nada de ti, porque tengo a mi padre, que me ha cuidado y me ha apoyado para así salir adelante. ¿Por qué no me buscaste cuando te necesitaba? Se ve que nunca te he importado.

Al escuchar aquellas palabras de su hija, Pedro lloró junto a ella.

—No te preocupes —dijo Pedro—, vas a salir adelante con mi apoyo.

María, llorando, dijo:

—Yo también quiero apoyarte en todo lo que pueda.

Flor lo aceptó, y añadió:

—Espero que no me falles de nuevo.

La joven debía empezar primero de bachillerato, y decidió entrar al Colegio Técnico Pujilí. Su padre y su madre estuvieron de acuerdo; su madrastra se enojó y se puso en contra, pero ya no podía hacer nada.

Llegó el día de clases y Flor ya estaba matriculada en su nuevo colegio. Necesitaba comprar la lista de útiles, así que le pidió dinero a su madre; sin embargo, ella no quiso darle nada, y le dijo que ya se había gastado su plata en sus otros hijos. Flor le dijo muy triste que no la quería volver a ver nunca más.

Después de eso, Rosa se dio cuenta finalmente que Flor la quería como si fuera su verdadera madre, y le dijo:

—Perdóname por todo. Tú me has demostrado todo tu cariño, pero yo no lo supe valorar.

Flor la perdonó y vivieron como una familia feliz, cinco personas juntas en un hogar.




JORGE RAMIRO CRUZ
vive en Riera, Sucumbíos. Está vinculado con la Unidad Educativa del Milenio San Miguel de Putumayo.

Desesperación

En el año 1998, mi hijo, Jorge Pibe Cruz Aguinda, se enfermó gravemente. Yo trabajaba de cocinero con mi esposa Lida en la construcción del Colegio Cen Silvayaku. Al culminar la jornada de trabajo, regresé a casa con ellos, y luego llevé a mi hijo al subcentro de salud Puerto El Carmen, donde lo hice atender y lo tuvieron hospitalizado dos días.

Los doctores no encontraban nada, así que la enfermera Jolanda Petevi me sugirió que lo llevara urgentemente a Quito y que pidiera ayuda en el pueblo. Al día siguiente fui casa por casa

pidiendo colaboración económica y nadie me la dio, así que empecé a sufrir psicológicamente. Entonces acudí a la Misión de Puerto El Carmen, donde me encontré a la hermanita Sorsolina Zapata y le pedí prestados 400 mil sucres. Luego, en el cantón Lago Agrio, me encontré con el arquitecto que había construido el colegio y le dije que me cancelara una parte de la deuda: me debía de la comida 600 mil sucres.

Mi esposa, que me había acompañado hasta allí, regresó a casa, pues nuestros hijos estaban solos. Yo viajé a Quito con mi niño, y lo llevé al Hospital Eugenio Espejo para que lo intervinieran urgentemente.

Allí me preguntaron si era rico o pobre. Les expliqué que venía de un pueblo fronterizo llamado Puerto El Carmen, y que era de una familia humilde, de escasos recursos económicos; entonces, antes de ingresar, me dijeron que fuera a cancelar 100 mil sucres, y lo atendieron.

Le hicieron varios exámenes y finalmente le diagnosticaron que tenía anemia aguda, así que lo internaron. Permanecimos en el hospital un mes y medio. Durante ese tiempo tuve que dormir en los pasillos, porque el dinero recaudado solo me alcanzaba para las medicinas de mi hijo y apenas para mi alimentación. No sabía qué hacer, estaba chiro, desesperado.

Entonces, acudí a las cocineras del hospital y les pedí que me regalaran un plato de comida a cambio de mi ayuda. Así me gané mi sustento durante los últimos diez días.

Gracias a Dios, mi hijo empezó a recuperarse día a día. Las enfermeras se encariñaron con él, al punto que, cuando cumplió tres años, le regalaron un pastel.

Recuerdo que en el hospital conocí a Margarita, una señora amable y de muy buena presencia. Empezamos a conversar y le



hablé de mi caso. Ella después me contó que había sido secretaria del expresidente Abdalá Bucaram y que su hijo se había fracturado la pierna. Hablamos por varias horas y, al irse, me regaló cincuenta mil sucres. Después de algunos días, el doctor observó que mi hijo estaba mejor y le dieron el alta.

Después de mucho tiempo retornamos a nuestro hogar. En el camino me quedé en Lago Agrio para cobrar un dinero a un arquitecto, y luego seguimos nuestro camino a casa. Al llegar, mi hijo se bajó feliz del bus y gritó alegremente:

—¡Mami, ya llegué!

Mi esposa, al verlo, corrió hacia él con lágrimas en los ojos y lo abrazó por su regreso. Actualmente, mi hijo se encuentra prestando servicio militar en la brigada del Coca.




SONIA MARISOL MANZANO
estudia en segundo año de Bachillerato de la Unidad Educativa Leopoldo N. Chávez.

Historia de mi infancia

Un día, cuando yo tenía diez años, mi mamá me mandó a que fuera a amarrar a nuestros dos chanchitos. En ese tiempo los llevábamos a lugares lejanos, pues donde vivíamos no había comida suficiente para los animales. Allí, cerca de Rumipamba, sabíamos cosechar papas, entonces amarraba a los chanchitos ahí para que comieran las que habían sobrado o los gusanos que hay en la tierra.

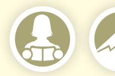


Por la tarde, mi mamá me pidió que los trajera de nuevo, porque se empezó a nublar todo. Fui contenta, pero cuando volvía me cogió la lluvia en medio camino. Cerca de mi casa empezó a llover más fuerte, y se soltó la tormenta.

De repente, cayó un rayo que mató a mis dos chanchitos. Yo me quedé asustada, paralizada y llorando. Mi mamá corrió a verme, me llevó rápidamente a la casa y me hizo tomar agua para calmarme.

Con esa experiencia de mi niñez, ya no me gusta ir a ninguna parte cuando está lloviendo. Salvé mi vida por muy poco; mis familiares se quedaron admirados preguntándome cómo no me había pasado nada a mí, pero yo no supe cómo responder. Fue gracias a Diosito, estoy segura.

Ahora ya tengo diecisiete años y puedo disfrutar de mi juventud. Si hubiese muerto en aquel entonces, no habría conocido a mis amigos y amigas, ni a los licenciados. Habría perdido las cosas más maravillosas que tengo y conozco ahora; sobre todo, el amor y cariño de mis padres y de mis hermanos.

ELENA MARITZA ACERO
nació en El Chical, Carchi, en 2002. Estudia en primer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Ecuador. Su actividad favorita es jugar ecuavóley.

Nuevas vidas

Antes éramos una familia unida. Recuerdo que mis padres tenían una chanchera y cuidaban patos y gallinas. Así, cuando venían mis hermanos de vacaciones desde Tulcán, mi papá mataba un chancho para comer entre todos.

En esos tiempos fui muy feliz compartiendo con toda mi familia. Sabían llegar hermanos, tíos, abuelitos, sobrinos. Mis hermanos traían comida y prendíamos la candela para asar carne. También llegaban en Carnaval y jugábamos a mojarnos; mis sobrinos me echaban carioca, hasta mi mami se ponía a jugar. Nos íbamos

asimismo al río a pasear en la camioneta de mi padrino Segundo. Mi madre llevaba dulce de guayaba para comer con quesillo.

Yo iba a la primaria a Chical, ¡y cómo tocaba caminar cuando no había carro! Solía ir con un compañero, Javier, y Fedelina, su abuela, que era cocinera en la escuela. Cuando salíamos de Puerramal nos daba colada y galleta, porque sabía hacer un sol que quemaba mucho y nos cansábamos. Pero a pesar de todo, yo era feliz, y mi familia también lo era.

En un tiempo comenzó a llover mucho y desde entonces comenzaron nuestras preocupaciones. Encima de donde estaban nuestra casa y la de mi primo había un borde de tierra que se había partido y estaba que se derrumbaba. Comenzamos poco a poco a sacar la ropa y a no dormir allí, sino que bajábamos a dormir a Chical, donde mis abuelitos. Los animales se quedaron en la casa, y en el día mi mami iba a cuidarlos. Yo salía de la escuela y me quedaba donde mis abuelitos; ya no iba a Puerramal.

El 15 de diciembre del 2010, mi madre estaba en nuestro viejo barrio. Cuando menos me lo esperaba, sonó el teléfono. Atendió mi tía Georgina, quien recibió la peor noticia: mi mami estaba muerta, un derrumbe la había aplastado. "Todo se acabó", me dije, en medio del llanto, pero mi tía me dijo que fuera fuerte, que todavía no estaba segura de lo que le habían dicho.

Más tarde llegamos a Puerramal y vimos que el derrumbe había destruido la casa de mi familia. Para mí, ese momento fue como si estuviera muerta en vida. Sin embargo, ¡gracias a Dios, mi querida madre estaba viva!

Estaba asustada, pero cuando comenzó a hablar nos contó que mientras estaban comiendo había escuchado un sonido muy fuerte como de árboles prendidos fuego. Inmediatamente se levantó de la mesa y vio que el derrumbe se les venía encima.



Entonces gritó y todos salieron corriendo. Cuando llegaban a la casa de mi abuelita, que vivía al lado, la tierra pasó por nuestra casa y se llevó todo.

Para nosotros fue muy duro quedarnos sin hogar después de vivir tantos años allí. Tocó acomodarnos donde mis abuelitos. Mi mami vendió los chanchos y los patos porque dijo que ya no iba a volver nunca más.

Después de un tiempo nos fuimos acostumbrando a nuestra nueva vida. En las vacaciones llegaba nuevamente la familia y la pasábamos bien mirando películas con mis sobrinos y comiendo entre todos. Sin embargo, la felicidad no era completa…

Mi familia a la larga se fue destruyendo por peleas entre hermanos y por deudas que no se pueden pagar. Además, mis padres están enfermos y perdiendo la vida por ello.

Quisiera ser feliz como antes: compartir momentos maravillosos con una familia unida y solucionar los problemas bancarios que nos atormentan la vida. Pero ya no creo que la palabra “felicidad” vuelva a mi familia.




CRISTINA ALEXANDRA SARCHI nació en Ibarra, Imbabura, en 2000. Estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa El Ángel. Su actividad favorita es la lectura.

Futuro encuentro

El tiempo transcurría lento, sin vida; cada segundo se sentía tan largo y angustioso como la inmensidad del universo. Para muchos el tiempo no significa nada, pero para mí reflejaba la manera tan cruel y despiadada de la vida de mantener muy lejos a personas queridas, la forma en que nos muestra que no podemos controlarla y que nuestro destino nos depara situaciones muy difíciles que debemos superar a toda costa. En este caso, el tiempo me demostró que los compromisos humanos no tienen ningún valor.



Transcurría el 8 de noviembre del 2009. Mis familiares estaban ocupados con los preparativos de una pequeña fiesta que se llevaría a cabo el día siguiente. Yo la esperaba con gran entusiasmo, ya que podría volver a ver a mi padre, que vivía muy lejos por asuntos laborales. De todos los regalos que me esperarían al día siguiente en la pequeña sala de mi casa, el único que de veras apreciaba era la visita del hombre que me había dado la vida.

¡Y al fin! El día tan esperado llegó con un sol radiante en el cielo, presagio de buena suerte, pero la realidad sería otra. A eso de las nueve de la mañana, sonó el teléfono y mi madre contestó. A medida que la llamada transcurría, su rostro alegre se iba cubriendo con expresiones de enfado y tristeza. Cuando finalizó, lo único que me informó fue que el viaje de mi padre se retrasaría algunas semanas, pero que procuraría llegar. Esto me provocó una gran tristeza, aunque conservaba la esperanza y el anhelo de ese futuro encuentro.

Pero el tiempo de espera cada vez se hacía más largo. Día tras día, semana tras semana, y no había señales de mi padre. Poco a poco esa esperanza se iba debilitando.

Finalmente, al cabo de tres largos meses de espera tuvimos noticias nada agradables: mi madre había planteado un documento de divorcio, debido a que, mientras mi padre se encontraba lejos, había formado otra familia. Ese momento marcó mi vida, y desde aquella temprana edad mi padre careció de tiempo para mí.

Ahora que en mi vida existe un poco más de madurez y tengo metas, soy yo quien carezco de tiempo para ese padre que me abandonó. Ahora, al sentirse solo y desprotegido, intenta recurrir a mí, a aquella hija que vivió toda su vida sin un padre. Ahora, pues, seré yo quien siga adelante, dejando a un lado lo que me hace daño y teniendo muy claro que el tiempo nos regresa todo.




KARLA LISETT DOMÍNGUEZ
nació en Guayaquil, Guayas, en 2001. Estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa San Francisco del Cabo. Su actividad favorita es leer libros.

El perdón de un niño

Hace mucho tiempo existía un niño llamado Tom que vivía en una ciudad llamada Samaria. Era humilde y amigable, y le gustaba obsequiar cosas a sus amigos, a pesar de que sus padres, aun cuando eran ricos, eran muy egoístas. Sin embargo, dentro de Tom existía un corazón tan maravilloso y sensible que nunca nadie lo trataba mal; por eso, no conocía lo que era el perdón. En esta historia le tocó conocerlo.



Un día por la mañana, como de costumbre, Tom quiso ir a divertirse con sus amigos, pero sus padres se lo impidieron:

—Tom, no vayas, son malas amistades.

—Mamá, papá, por favor no me hagan esto —contestó al borde del llanto—. Déjenme ir a divertirme, son mis mejores amigos.

Sus padres, muy enojados, lo llevaron a su habitación y lo encerraron. Siempre habían deseado que Tom tuviera amistades de la clase alta.

En la noche, los padres se dirigieron a Tom para contarle algo que habían planeado. Su madre, muy tierna, le dijo:

—Cariño mío, ya no estés triste. Te vamos a contar algo que te va a alegrar.

—¡Díganme! ¡Me muero por saberlo! —dijo con alegría en su rostro.

—Hijo, hemos planeado un viaje para ti.

—¿Hacia dónde?

—Te vas a donde tus tíos, a una vida con nuevos amigos —dijeron los padres muy entusiasmados.

Tom sin poder escuchar más, comenzó a llorar desconsoladamente y muy enojado:

—Yo sé que ustedes quieren lo mejor para mí, pero no de esta manera. ¡No saben lo que piensa un niño como yo! A ustedes solo les importa el dinero. ¿Por qué son tan egoístas? ¡Nadie querría tenerlos como padres!

Su madre, muy dolida por las palabras de Tom, decidió enviarlo ese mismo día. Antes de irse, el niño les dijo:

—Ojalá algún día los pueda perdonar, porque nunca nadie me ha hecho algo así.

Durante el trayecto, Tom ya no sentía dolor ni tristeza, sino solo odio, rencor y deseos de venganza hacia sus padres. Así, su corazón se volvió oscuro y cruel.

Por fin llegó a su destino, pero no estuvo allí mucho tiempo: sus tíos no lo soportaron y decidieron enviarlo donde una anciana que tenía experiencia para tratar con niños llenos de malos sentimientos en su corazón.

Entonces Tom fue a vivir con la anciana. Lo hizo durante algún tiempo, pero de todas formas, por más que ella lo hacía reflexionar, no encontraba remedio a lo que había en su corazón.

Un día que Tom estaba en la mesa pensando, la anciana llegó y le dijo:

—Sé que he hecho lo posible por ayudarte pero no lo he logrado. Por eso solo quiero que analices esto: olvida el pasado, vive el presente y perdona todo.

Tom, muy enojado, contestó:

—No pienso hacer eso. En mí siempre vivirá el pasado y no voy a perdonar, no sé qué es eso.

—Claro, ahí está todo, Tom: tu corazón es cruel. En tu vida no has perdonando porque nadie te ha hecho algo malo, a excepción de tus padres.

—No quiero hablar del tema. Necesito dar un paseo.

La anciana le dijo:

—Está bien. Anda, recréate, busca amigos y olvídate de todo.

Tom iba pensativo por la calle pensando en lo que le había dicho la anciana, pero no se convencía. Hasta que llegó a un parque y se encontró con otro niño.

—¿Tú eres quien vive con mi abuela? —le preguntó.

Tom, muy sorprendido, le dijo:

—Sí, pero no sabía que tenía un nieto.

—Claro que no lo sabes, porque no le tienes confianza.

—Bueno, no hablemos del tema —resolvió Tom, y preguntó—: ¿Cómo te llamas?

—Andrés. ¿T tú?

—Yo me llamo Tom.

Andrés sabía que no era un buen niño, por eso nunca le preguntó acerca de su vida, pero sí lo orientaba con buenos consejos. Por ejemplo, un día, mientras estaban en el parque, Andrés le dijo:

—Tom, escribe tu pasado sobre la arena de la playa, para que el viento se encargue de dispersarlo. Luego escribe sobre la roca más dura el perdón hacia tus padres, para que así nada pueda borrarlo.

El corazón de Tom sintió una compasión tan grande que empezó a llorar. Ese mismo instante decidió que volvería donde

sus padres, les daría un abrazo muy grande y los perdonaría por lo que le habían hecho. Antes, pasó por la casa de la anciana.

—Gracias por todo, tenías mucha razón —le dijo, y se despidió con un fuerte abrazo.

La abuela de Andrés sintió que todas las partes rotas de Tom se unían y empezaban a tener una forma muy maravillosa, sobre todo su corazón.

Entonces, Tom regresó a la casa de sus padres. Al verlos, les dijo con mucha alegría:

—Papá, mamá, los quiero mucho. Ustedes son lo más grandioso de mi vida.

Sus padres, muy sorprendidos y emocionados, lo abrazaron muy fuerte y le dijeron:

—Hijo mío, perdónanos.

—No, perdónenme ustedes a mí. Fui un niño muy cruel.

ÁNGELO MAURICIO BAQUE nació en Madrid, España, en 1999. Estudia en segundo año de Bachillerato de la Unidad Educativa Ibarra. Su actividad favorita es grabar videos.

¡La desobediencia!

Todo comenzó un verano en España. Había quedado con mi madre en que iría a un cursillo de inglés que quedaba más o menos por la estación de Ascao. Ella me explicó varias veces cómo debía tomar el metro y dónde debía bajarme para hacer trasbordo.

El día llegó y lo hice mal desde el principio… Hay dos vías para coger el metro y yo debía tomar la de la izquierda; pues hice lo contrario y tomé la de la derecha. Una vez en el vagón me sentí observado, así que me puse los audífonos y empecé a escuchar música mientras pensaba en la vida.



Total, después de un buen rato, me empecé a asustar… y mucho más cuando vi que el metro salía de la tierra y empezaba a ir al exterior. En ese momento me quedé estupefacto. De pronto, un rayo de luz iluminó mi vida: observé a lo lejos el parque de atracciones. Entonces decidí bajarme del metro y caminar a ese lugar, que era conocido para mí.

En el parque de atracciones, emocionado, compré una entrada. Sin embargo, no me quedé mucho tiempo; por alguna razón me desanimé poco después de entrar.

Volví al metro con los ojos llorosos. Pedí indicaciones para ir a casa a una persona caritativa que caminaba por allí, y le agradecí con una sonrisa mientras una lágrima me caía por el rostro.

Al llegar a mi casa le conté a mi mamá la aventura que había vivido, y lo mucho que había llorado. Podría haberlo llamado un final feliz si no fuera porque mi mamá me dijo:

—Ángelo, ¿y la plata del curso?

Saqué del bolsillo la entrada del parque de atracciones y se la mostré. De inmediato observé cómo su rostro cambiaba lentamente de la sonrisa a un enfado nivel peligro mortal. Luego ya no recuerdo qué pasó, solo tengo en mi mente la imagen del cinturón viniendo hacia mí.




CLARA DEL ROCÍO VINUEZA
nació en Otavalo, Imbabura, en 1968. Trabaja en la Academia General Carlos Machado. Su actividad favorita es leer.

La foto en la sala

Lo común en una casa es encontrar las fotografías en la sala, organizadas de tal manera que reflejen momentos agradables y felices; difícilmente se colocan escenas tristes de la vida de las personas. En mi infancia, observar una foto era sentir la presencia de mi padre. En ella encontraba una gran fuente de cariño. Se preguntarán por qué no lo abrazaba personalmente si quería disfrutar ese afecto. La explicación es simple: jamás lo vi, apenas tenía un año cuando falleció. Éramos tres niñas huérfanas y, en medio del dolor, mi madre trajo al mundo a su cuarto hijo, a quien



puso el nombre de su esposo: Alcides. Sintiéndose sola, tomó la decisión de ampliar una imagen con su rostro, ese retrato que nos acompañaría en toda nuestra existencia.

Pero ¿qué pasó con los cuatro niños durante tantos años? Mi madre día a día buscó el bienestar de todos. Considero que nuestra historia de vida comenzó desde el mismo momento en que se extinguió la de nuestro padre: cada una de mis hermanas, a su manera, intentó contar episodios de su existencia a los más pequeños.

Miriam, la mayor, con nostalgia y alegría al mismo tiempo, recordaba que tras sus viajes como comerciante mi papá solía llegar con maletas llenas de regalos. Me traía vestidos que combinaban con los zapatos, y pequeñas carteras. Yo me levantaba tempranito y los que ya tenía los dejaba en la puerta para que los niños pobres se los llevaran. Jamás me imaginé que después de la muerte de

papá debería cuidar la ropa hermosa que había dejado, ya que temía que ahora los niños pobres fuéramos nosotros.

Mi hermana Janeth, la más consentida por mi padre, jamás comentaba nada. Presumo que la necesidad de su presencia le había hecho olvidar cada recuerdo que pudo haber tenido; al fin y al cabo, solo contaba con cuatro años cuando él murió.

Había tan poca información de mi padre, que comencé a preguntar a mi madre cómo era, y ella, demostrando total aplomo, comenzó a describirnos a mi hermano y a mí un ser maravilloso que amaba a sus hijos. A mí me decía que había comprado una cuna para esperar mi nacimiento, y a él, que lo habría amado con toda su alma, porque al fin nacía su hijo varón. Mencionaba que, a pesar de no tener una profesión, trabajaba incansablemente para traer el sustento a casa. Le gustaba disfrutar la naturaleza: la caza y la pesca eran sus pasiones. Era amoroso, generoso y bueno, especialmente con sus familiares, quizá por eso mis tíos se dedicaron a devolvernos cada instante de amor que él les había dado: se convirtieron en hermanos mayores, son parte de nuestras vidas y nos ayudan en la medida de sus posibilidades. Mi abuelo ocupó en parte, en nuestro corazón, el lugar que él dejó: se encargó de darnos cariño de padre.

Día a día, en medio de juegos, aprendimos a contagiarnos del amor de mi madre hacia él y su recuerdo, y comencé a entender que existía otro tipo de sentimiento: ese afecto que nos permite ser más humanos, ese amor que busca el beneficio de todos. Ella nos enseñó que seguía casada con mi padre a pesar de que él no estuviera físicamente. Lo sentimos en cada instante vivido.

En ocasiones, mi casa parecía un hospital: los cuatro con gripe, y mi madre saliendo en la madrugada a comprar medicinas, sola y con tantos peligros. Cuando llegaba nos decía:

—Dios me cuida, no se preocupen.

Jamás nos hablaba de la falta de dinero. ¿Cómo hacerlo, si luego de sus labores como maestra de escuela, había conseguido que un familiar cercano le diera trabajo extra planchando medias? Con eso completaba su sueldo, decía; además, mis abuelos le habían heredado propiedades en las cuales sembrábamos y cosechábamos productos que luego vendíamos, aunque conforme las necesidades fueron creciendo fuimos vendiendo esas tierras. Era hermoso cuando se disponía de esos recursos. Ella invertía con mucho cuidado: mejoró y amplió la casa para que pudiéramos tener al fin un espacio cómodo, ya que con la muerte de papá no se concluyó su proyecto de darnos dormitorios individuales.

Mi madre suplía cada necesidad con la frase: "Dios no desampara a los huérfanos ni a las viudas". En esa etapa que se llama adolescencia, yo sabía que cuando le contara cualquier problema ella iba a pronunciarla.

A veces se quedaba planchando medias hasta las dos de la mañana; cuando podía, una de mis tías la ayudaba a enfundar para acabar más temprano. En la tarde íbamos con mi hermano pequeño a jugar con mis primos y yo veía que tenía una gran montaña de medias, así que la ayudábamos a virarlas con la esperanza de que terminara pronto. Luego volvíamos a casa a realizar los deberes que en medio de su trabajo nos había explicado cómo hacer.

—Al llegar espero que estén listos. Los voy a revisar y firmar —nos decía.

Al despertar, mi madre ya estaba con un juguito de tomate caliente en sus manos, con los uniformes listos, los deberes firmados y la casa con un aroma delicioso a comida recién

preparada. ¿Cómo lo hacía, si casi no tenía tiempo? Un día me propuse quedarme despierta y descubrirlo.

Había llegado el momento: ese día no dormiría. Me despedí dejándola frente a su mesa de planchar y fui a casa. Hice mis deberes, revisé los de mi hermano y vimos televisión hasta las doce; lo sabía porque en los canales, al cierre de la programación, se entonaba el himno nacional. Miraba el reloj que ella me había comprado. Somnolienta, la oí llegar. Era la una de la mañana. Con el pretexto de que estaba con fiebre, me levanté y la encontré planificando sus clases. Me quedé en su cuarto y haciendo un esfuerzo fingí que dormía; entonces cerró los libros y se acostó junto a mí. Creí que dormiría toda la noche, pero en un momento sentí que se levantaba e iba hasta la cocina. Prendí la lámpara y vi la hora: las cuatro y veinte. Mi madre estaba preparando la comida.

En la mañana le pregunté a qué hora dormía, y ella me dijo:

—No hace falta, Dios me cuida.

Lo había logrado, sabía ya cómo cumplía con todo. Su día de trabajo duraba casi las veinticuatro horas, y el poco tiempo que tenía libre lo destinaba a dar consejos y ayudar al que lo necesitaba. Generosa siempre, hacía grandes cantidades de tostado y en cartuchitos de papel lo repartía a todos los que jugaban en mi casa: primos y vecinos.

Jamás comimos solos, siempre mamá estuvo ahí dando gracias por el alimento. Asimismo, nunca dejó de ir a las reuniones en los colegios en que estudiábamos, aunque luego le tocara quedarse hasta más tarde planchando. Nunca hubo soledad ni tristeza en casa, ella se encargó de mantener vivo el recuerdo de su esposo.

Yo sabía que el Creador iba a reconocer tanto sacrificio, pues hizo de nosotros hijos amorosos y agradecidos. Sus amigas le decían que era cuestión de suerte, pero ella respondía:

—Eso no es suerte, es fe en el Señor.

Desde ese momento aprendí que las pruebas se presentan muy duras a veces, pero Dios tiene un propósito y la muerte de mi padre fue el principio para formar a cuatro personas que aprendieron que el amor no exige una presencia material, sino que es algo sin tiempo limitado, que vive de recuerdos y construye sobre ellos un sentimiento hermoso que se hereda de generación en generación.

¿Qué pasó con esta mujer? Pues bien, se jubiló como maestra, fundó una institución educativa que ya tiene más de quince años y en ella volcó todo ese amor que todavía tiene y es el reflejo de aquel que siente por su esposo y sus hijos. Hoy son "sus niños", los hijos de otros, quienes disfrutan de sus enseñanzas. Salta y juega, dirige a sus maestras y las forma conscientes de que hay que sembrar valores en el corazón de los estudiantes para mejorar el mundo.

Los cuatro niños, que ya somos grandes, estamos unidos a mi madre como los dedos a la palma de la mano, orgullosos no solo porque recibió una condecoración por su trayectoria profesional en la ciudad en la que vivimos, sino porque todavía es ese símbolo de fe que nos inyecta la esperanza de que Dios nos cuida. Ahora que tengo un esposo y dos hijos, puedo decir que aquella foto sirvió para mantener un hogar completo. Mi padre siempre estuvo ahí junto a mi madre: nos enseñó que el amor, cuando es verdadero, es para siempre.




ROSARIO GUEVARA nació en Cascales, Sucumbíos, en 2002. Estudia en primer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Cascales. Sus actividades favoritas son jugar fútbol y leer novelas.

La historia de RG

Todo empezó en La Libertad, lugar de nacimiento de RG, donde vivió grandes momentos. En su escuela solo eran doce estudiantes, y con ellos compartía todo. Le gustaba la comida que daban en el recreo, aunque solo era arroz con sardina y un vaso de colada fría. Su profesora era muy estricta; había pedido permiso a los padres para pegarles si se portaban mal, ¡y ellos lo habían aprobado! Si no tenía ortigas —RG tuvo que recibir un día dos ortigazos—, utilizaba la regla o el borrador de pizarra; siempre los tenía a su alcance. Sin embargo, existía mucha confianza entre todos.



Un día que RG estaba distraída y un poco triste, su profesora le preguntó:

—¿Qué te pasa? ¿Por qué estas así?

—Mis padres volvieron a discutir —contestó—, y esta vez hablaron de divorcio.

Al escuchar esto, la profesora decidió hablar con los padres de RG y obtuvo buenos resultados. Con el paso del tiempo, todo fue mejorando y los problemas desaparecieron. Cuando tenía once años, sus padres decidieron casarse por la Iglesia para comprenderse mejor.

Una mañana, RG estaba muy contenta en la escuela; no pensaba que en un abrir y cerrar de ojos podría ocurrir algo horroroso, pero así ocurrió: un momento de silencio escalofriante parecido al de una película de terror y, de repente, unos gritos fuertes que pedían auxilio.

Era el padre de RG. Cuando lo vio, ella se quedó estática como una piedra y su corazón dejó de palpitar. Después de unos instantes reaccionó con ayuda de sus compañeros y recobró la conciencia. Enseguida corrió hacia donde se encontraba su padre y al llegar vio algo doloroso: su madre se encontraba en el piso envuelta en un mar de sangre, con una gran herida en su brazo derecho, pues se había cortado con una motosierra. Llamaron urgentemente a una ambulancia, pero no llegaba, así que se contactaron con un taxi para llevarla a la ciudad de Lago Agrio. Mientras tanto, en su casa, RG tuvo que hacerse cargo de todos sus hermanos. Se encontraba desesperada porque no sabía nada de sus padres.

Después de varios días llegaron en un auto y RG salió corriendo hacia ellos. Al ver que su madre estaba en buenas condiciones, se tranquilizó, aunque aquel sería un recuerdo inolvidable en su vida, el peor día de su infancia.

En octavo año, RG tuvo varios problemas, pues para llegar al colegio tenía que caminar dos kilómetros: su casa quedaba lejos de la ciudad y habían cerrado la escuela donde solía estudiar. Salía a las cuatro de la mañana y llegaba a las seis.

Una madrugada se quedó sin reloj y, como la noche estaba clara, salió a una hora incierta. Sin embargo, al llegar a Cascales se dio cuenta de que todavía eran las tres de la mañana y decidió quedarse a dormir en la visera del colegio hasta que abrieran la puerta. RG sufrió mucho, pero pudo salir adelante porque su familia decidió vender su casa del campo y se trasladó a la ciudad.

RG disfrutaba mucho los relatos de su padre; siempre que él estaba en casa, claro, pues trabajaba en una empresa y solía llegar tarde. Su madre, en cambio, le hablaba mucho sobre los problemas de la vida. Ella viajaba a vender en el Municipio, y RG a veces la acompañaba.

Después de un tiempo, a su padre lo despidieron de la empresa y tuvo que trabajar como albañil con un amigo. Las deudas se tornaron casi imposibles de pagar, pero él tenía contactos dentro de las empresas y uno de ellos, una noche inesperada, lo llamó a decirle que presentara su carpeta para un trabajo de capataz que le pagaría un buen sueldo. Esa misma noche alistó todo y salió hacia la ciudad del Coca. Esto los libró de las deudas que tenían.

Cuando empezó décimo año, RG escogió como carrera el Bachillerato Internacional. Aunque sabía que para ingresar debería poner mucho empeño, sus familiares la apoyaron en todo. Le ha traído muchas oportunidades, no solo de aprender nuevas cosas, sino también de compartir momentos con su familia, especialmente con sus padres, que con el pasar del tiempo lograron entenderse y nunca volvieron a discutir.




EDWIN ANTONIO SALAZAR
nació en Armenia-Quindío, Colombia, en 2001. Estudia en primer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Vicente Fierro. Sus actividades favoritas son la lectura y la música.

Testimonio de mi vida cristiana

Mi vida ha sido muy difícil, he tenido problemas en todos los ámbitos. He sufrido desde niño, porque mi familia no era unida y, además, no tenía el amor de mi papá. Iba más de quince años sin escuchar un “te amo” de su parte.

Cuando tenía ocho, Mardoris, una amiga de mi mamá, nos invitó a una iglesia cristiana; esto fue en Cali, de donde yo vengo.



Decidimos asistir, ya que no conocíamos a Dios, y ese día terminó siendo lo más maravilloso que había vivido en mi corta edad. Sentí el amor de Dios, que no solo es religión, sino que es amor. Decidí entregarme completamente a Él y servirle como se lo merece. Así, pude sentirme en paz y llenar esos vacíos de mi vida.

Pero los primeros tres años después de eso fueron también malos en cierto modo. El motivo es que, cuando Dios tiene un propósito en cada quien, el Diablo, el enemigo, quiere destruirlos, y lo logró. Mi papá nunca estuvo de acuerdo con que yo fuera cristiano y me impedía que fuera a la iglesia. En algunas ocasiones nos encerró a mi mamá y a mí.

—Si ustedes son cristianos, ¿yo qué soy, un animal? —decía, y yo no tenía el conocimiento para explicarle cómo eran las cosas.

En fin, mi hogar se destruyó, y mi mamá y yo nos fuimos a vivir a la ciudad de Armenia, en el departamento del Quindío, aproximadamente a unas tres horas de Cali. En aquella ciudad no busqué ninguna iglesia y me alejé de Dios.

Los que consideraba mis amigos me acercaron al alcohol, y lo único que quería era beber para ahogar mis penas. Mi mamá, por su parte, no pasaba tanto en casa, por estar trabajando.

En un momento se nos presentó una oportunidad de viajar para Panamá y me fui con la expectativa de cambiar y seguir con mis estudios. Sí, comencé a estudiar y, es más, el señor que nos había propuesto viajar me ofreció un trabajo a medio tiempo en un lavadero de autos. Cuando salía de clases me iba a trabajar para ayudar con los gastos de la casa. De vez en cuando tomaba, pero ya no como antes.

Después de un tiempo, mi papá se enfermó del corazón y le colocaron un marcapasos, así que nos llamó para decirnos que se sentía muy mal y que quería vernos, por si le llegaba a pasar algo. Entonces, decidimos viajar de nuevo a Colombia y estar con él.

Cuando se mejoró, mi mamá dijo que por qué no nos veníamos para Ecuador. Fue una decisión arriesgada, ya que no conocíamos a nadie aquí. Al llegar, dormíamos en el suelo con una sola cobija bien delgada, que no nos cubría del frío.

Llegué con la expectativa de seguir estudiando y finalmente lo logré, pero como aún faltaban cinco meses para entrar al colegio, comencé a ayudar a mi mamá con su trabajo. También vendí caramelos en los buses mientras esperaba ansioso el día para entrar a estudiar.

Llegado el Día de la Madre, la invité a comer. Ese día pasamos por una iglesia que queda cerca del CNE. Ya había comenzado el culto, pero de todas formas decidimos entrar. Me pareció tan

hermoso que desde aquel día voy sin falta. El Señor hizo su obra en mí y en mi familia, ya que ahora mi padre es un amor conmigo y tenemos un hogar lleno de felicidad.

Dios se ha manifestado en mi vida de una manera impresionante: di un cambio tan grande que mis antiguos amigos no me reconocen. Pero no me da vergüenza hablar de Él. No me importa que me digan que estoy loco, porque amo a mi Dios.

En estos momentos, soy parte del grupo de alabanza, soy líder de jóvenes, y voy camino a ser un gran pastor. Cada vez me aferro más a Sus promesas y a Su palabra. Como dice en Juan 15:7: “Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queréis, y os será hecho”.

Hace unos dos meses, en un concierto con el evangelista Juan Carlos Alvarado, que vino desde la ciudad de Guatemala, Dios me hizo una promesa: yo lo iba a servir en el ministerio de alabanza. Hoy me aferro a esa promesa y a un versículo de la Biblia que dice: “¿No te he dicho que, si crees, verás la gloria de Dios?” (Juan 11:40).

FÁTIMA ANAYELY BOLAÑOS
nació en El Ángel, Carchi, en 2000. Estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa El Ángel. Su actividad favorita es escribir.

Una aventura en el mundo de los monos: Misahuallí

Fue hace seis años. Tuve las mejores vacaciones de toda mi infancia y quizá de mi vida. Viajé a la Amazonía, donde existe la mejor flora y fauna de nuestro bello Ecuador. Fui junto a todos mis primos y sus vecinos, en un camión; nos divertimos mucho en el trayecto, que estuvo llena de risas, mientras relatábamos historias de lo que habíamos vivido.



Era de madrugada y ya estábamos llegando cuando, de repente, el camión paró porque se había pinchado una llanta. Estábamos en un lugar muy oscuro, nos rodeaban muchos árboles y solo escuchábamos el sonido de los animales que habitaban allí. En poco tiempo empezó a amanecer, el sol nos alumbraba con sus rayos y entonces mi tío y el chofer lograron arreglar la llanta. Así, seguimos con nuestro viaje. Ya estábamos a una media hora de llegar y todos nos sentíamos muy contentos porque mi tío nos había comentado que en el parque había muchos monos, a los cuales se podía tocar. Llenos de emoción, por fin llegamos.

Desayunamos y nos dirigimos al parque de los monos, donde viví la mejor experiencia de mi vida, ya que los conocí por primera vez. Eran muy traviesos y a la vez muy graciosos, se acercaban a mí y a toda mi familia. Luego de pasar mucho tiempo con estos animales nos fuimos a conocer el río Napo y el Coca. Mientras

nadábamos, un mono gigante se llevó la mochila donde estaba nuestra ropa, así que al salir del río no la encontramos. Un señor que lo había visto todo nos contó lo que había pasado, buscamos al mono pero no logramos encontrarlo. Fuimos donde el guía y él nos explicó que no la podríamos recuperar, porque los monos se llevan las cosas a su guarida y ahí las muerden hasta que ya no valen para nada. Así perdimos nuestra maleta, con nuestra ropa y un poco de dinero. Mi tía se nos burlaba mucho porque estábamos en traje de baño y no sabíamos qué hacer; y eso no fue todo…

Luego de irnos a tomar un agua de coco, nos sentamos en una banca cerca al parque de los monos. Entonces uno de ellos se acercó y me mordió la oreja. Todos se burlaban de mí porque decían que se la había llevado. Mi primo fue el que más se reía y cuando él fue a bañarse a unas duchas que estaban cerca de nuestro hotel, un mono se le llevó la toalla, que era lo único que tenía para envolverse. Cuando se terminó de bañar no la encontró y, como nadie estaba cerca, le tocó salir desnudo y dirigirse al hotel así. Todo el mundo se burlaba de él, le tomaban fotos, y nosotros, mirándolo por la ventana, no le queríamos abrir la puerta.

En la noche nos dirigimos en una lancha a un lugar donde explicaban todas las culturas de la Amazonía y donde había muchos animales. Mi tío nos dijo que todos debíamos tomarnos una foto con una culebra gigante; a todos nos daba mucho miedo pero como él es muy agraciado nos convenció de amarcarla y nos obligó a sacarnos la foto. Así fue como pasamos un rato en familia muy divertido, el cual fue el mejor paseo de mi infancia. Jamás olvidaré cuando conocí a los monos que casi se roban mi oreja.

FÁTIMA ASUNCIÓN JURADO
vive en Atacames, Esmeraldas. Está vinculada con la Unidad Educativa de Bachillerato Fiscal Atacames.

Un burro, un susto y una carrera

Hace ya mucho tiempo, vivía con mi familia en la provincia de Manabí, en el campo. Si queríamos algo de la ciudad debíamos caminar por horas o montar a caballo un rato largo. Bueno, en nuestro caso, a burro.

Un día tenía que realizar varios encargos y comprar algunas cosas para la casa, por lo que de ley me tocaba salir del pueblo



a la ciudad. Sin embargo, no tenía con quién dejar a Alexandra, mi hijita de cinco años, de modo que me tocó llevarla conmigo. Como el camino para llegar a nuestro destino era largo y cansador, decidí montar a Ale en nuestro simpático y tranquilo corcel, nuestro queridísimo burrito. El viaje que emprendíamos era de lo más normal y sin contratiempos. Quién diría que esto cambiaría más adelante, lo que haría de este día una fecha muy memorable.

El burro caminaba con paso firme pero despacio. Para poder salir del terreno en el que se ubicaba nuestra casa había que abrir una pesada y enorme puerta de metal; para hacerlo tenía que soltarle la rienda al burrito. No me preocupaba en lo más mínimo, ya que era un animal pacífico, pero cuando al fin terminé de cerrar la puerta, me llevé una tremenda sorpresa: no se encontraban ni el burro ni Ale, habían desaparecido.

Preocupada por esta situación, salí corriendo en todas las direcciones posibles. Después de mucho correr, logré divisar al burro corriendo a todo galope por los sembríos, desesperado, como buscando algo. Siendo un animal tan dócil, al ver que rebuznaba, corcoveaba y corría a una gran velocidad, mi corazón se quería salir de mi pecho. Sin pensarlo dos veces, salí corriendo para poder atraparlo y poner a salvo a mi hija. No fue nada fácil, ya que me tocó perseguir al burro alrededor de unos doscientos metros, hasta que él mismo llegó a un terreno baldío, justo enfrente de la casa de mi comadre. Ella también se dio cuenta de lo que estaba pasando y me gritó desde su casa:

—¡Comadre, ese burro va a matar a la niña!

Y yo le respondí:

—¡Ayúdeme, comadre, atrápeme a ese burro travieso!

Después de ese pequeño diálogo, el animal dio varias vueltas en círculos, se tiró varias flatulencias y se echó en la hierba, momento que aproveché para rescatar a mi hija. Pensé que estaría llorando, asustada; pero muy por el contrario, estaba feliz y sonriendo por su alocada travesía. Me sorprendieron su reacción tan positiva y el fuerte agarre que mantuvo durante el tiempo que estuvo andando.

Es por eso que cada vez que recordamos esta historia le decimos "Alexandra la Burrerita".




CARMEN DANIELA SÁNCHEZ
nació en Limones, Esmeraldas, en 1999. Estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Ibarra. Su actividad favorita es dibujar.

De cuando decidí ver el mundo en blanco y negro

Con apenas nueve años de edad, decidí que me iría a estudiar a Guayaquil. Esa era mi excusa, pero lo que en verdad quería era huir del *bullying* que me hacían en mi pueblo por el simple hecho de que usaba lentes.

En Guayaquil vivía con la hermana de mi padre y su hija. La pasaba bien; sin embargo, en las noches sentía cuánto extrañaba a mi familia. Para que mi llanto no se escuchara, lloraba en silencio, y un nudo en la garganta le impedía a mi pecho respirar con facilidad.



Una noche de aquellas en que el llanto venía a mí, llegaron ciertos recuerdos a mi mente. Uno de ellos era una llamada en la que mi madre prometía que muy pronto estaría a mi lado. Pero la razón me despertó de mi gran ilusión: la muy cruel me decía que mi madre no vendría, porque yo había sido la peor de las niñas.

Después recordé una dolorosa caída. Mi madre me había advertido que tuviera cuidado, pero, como siempre, la desobedecí.

—No te vayas a subir a esa casa que construiste —me había dicho.

Yo asentí con la cabeza, me despedí de ella y, apenas salió, con una sonrisa pícara y traviesa me subí a la casita. En menos de cinco segundos, mi construcción se vino al suelo. Mi cara fue a parar a la tierra, pero allí no terminó todo: además del fuerte golpe, me hice un corte en la espalda.

Muy rápidamente me levanté y fui a la casa con lágrimas en los ojos y con miedo de que mi madre ya estuviera de regreso. Le di gracias a Dios, pues no estaba allí. Ya en el cuarto, apliqué Yodosalil a la herida y al golpe que me había ganado por desobediente.

Luego de un rato llegó mi madre y mi pecho saltó por la impresión al pensar que pudiera descubrir la odisea que acababa de vivir. No se dio cuenta, y yo tampoco me atreví a contarle sobre el gran fracaso de mi obra arquitectónica.

Después me llegó el recuerdo de mi abuela dando vueltas alrededor de una pared que dividía la cocina y la sala de su humilde vivienda. Pero, ¡qué sorpresa!, ella me seguía a mí, que solo tenía dos años de edad (por eso es un recuerdo vago).

Ella me quería bañar y yo, tan inocente, pensaba que era un juego. Sin embargo, su paciencia se estaba agotando, y cuando al fin me atrapó, agarró fuertemente mi brazo, tomó un balde de agua fría y como cascada me la derramó en la cara.

También vinieron a mí las historias que me contaba mi tío abuelo Manquito. Una de ellas era la de su madre, “la Tunda” (bueno, al menos eso era lo que él me decía, aunque ahora sé que era mentira). Manquito me contó que la Tunda lo había parido en un día de lluvia y sol, y que le ofrecía camarones, pero que él no aceptaba porque ya sabía de dónde los sacaba.

Por último llegó a mi memoria un recuerdo fundamental. Mi hermana, cinco años menor, me había pegado un golpe, y yo apliqué la tercera ley de Newton: “toda acción genera una reacción”. Le devolví el golpe, ella gritó, mi madre me riñó, yo le grité, mi madre me pegó, y rebelde e indignada me metí a la cama.

—¡Deseo morir! —grité.

Mi madre pensó que aquel deseo se dirigía hacia ella, y me respondió con otro grito.

Aquel recuerdo trajo más lágrimas, y esa noche decidí hacer un cambio radical: al regresar a mi pueblo obedecería a mi madre.

El tiempo transcurrió y hoy me doy cuenta de que dejé de ser divertida.

—¿Qué pasó contigo? —dicen mis amigos—. Pareces una abuelita.

No sé si es ironía, pero ahora mi madre me dice:

—Salga a pasear, mijita, vaya con sus amigas a bailar. —Pero yo me niego, pues ahora me da miedo, no me siento cómoda entre la multitud.

La soledad es ahora mi compañera, mi mejor amiga y mi única consejera; en las noches abrumadoras me recuerda mis miedos. Al cambiar mi mundo de hermosos colores al blanco y negro creé también muchos temores que apresan mis sentimientos.




MARTHA SUSANA GUERRA
vive en Otavalo, Imbabura. Está vinculada con la Academia General Carlos Antonio Machado Arroyo.

Niña mamá

Mi historia inicia en un barrio humilde llamado Santiaguillo. Rosita, mi madre, una hermosa mujer que se había quedado sola conmigo a temprana edad, me puso el nombre de Martha Susana.

Cuando tenía dos años, sin embargo, ella se casó y se fue con su esposo. Yo me quedé a vivir con mis abuelitos, que trabajaban muy duro para llevar el sustento a casa. Así, me pudieron poner en una escuela privada y me daban lo que deseaba. Todo parecía perfecto, hasta que a mis ocho años Dios decidió llevarse un



ángel más a su cielo: a mi abuelita Aurora; esta fue la primera tristeza en mi vida.

Luego de aquella pérdida, me cambiaron de escuela y fui a vivir con mi mamá en otro barrio, llamado Punyaro. En ese tiempo yo ya no estaba sola: tenía tres hermanos, Jorge, Gustavo y Luisa, y uno más en camino, que se llamaría Fredy. Por ellos tuve que madurar tempranamente y asumir el rol de madre, ya que la mía pasaba trabajando gran parte del día en el mercado 24 de Mayo.

Debido a que a mi madre no le alcanzaba el dinero para mis estudios, tuve que dejar la escuela en sexto grado, y a mis doce años llegó un nuevo integrante a la familia: Eduardo. Yo era la que cocinaba, los cuidaba y los llevaba a la escuela. A mi madre, además, le tenía preparada la merienda para cuando llegaba cansada del trabajo. Allí me di cuenta de que yo era una niña mamá, no de las que juegan con bebés de plástico, sino de las que crían a personas.

Patricio, otro hermano más, llegó cuando yo tenía catorce años. En ese entonces iba de curiosa a las casas de mis vecinas a ver cómo cocinaban, para poder preparar aquellos platos para mi familia. Así, aprendí a cocinar tamales, fritada, fanesca, emborrajados, entre otros alimentos.

Con el pasar del tiempo me empecé a preocupar, porque el dinero que teníamos no era suficiente. Nunca me olvidaré de cuando debía colocarles a mis hermanos la misma ropa dos o tres días seguidos, o cuando a veces la comida de un día la teníamos que hacer durar para toda la semana. Era muy triste, así que decidí buscar un trabajo yo también. El primero que tuve fue en una fábrica de sacos de un señor Orozco.

Como ya era toda una jovencita, conocí a Alfonso, un joven quien luego de un tiempo se convertiría en mi esposo. Mi madre nunca estuvo de acuerdo con nuestra relación, pero el amor perduró y logramos seguir juntos. Mi sueño de tener una hija se hizo realidad y a mis dieciocho años nació Rosita.

Vivíamos en una casa arrendada y el salario de mi esposo no era suficiente para cubrir los gastos. Todas las noches, enojada conmigo misma, decía: "No quiero volver a vivir lo que viví con mis hermanos. Dios, dame fuerzas para salir adelante".

Así pasaron dos años y llegó Héctor, mi hijo varón. Las necesidades y los gastos aumentaban, así que decidí trabajar en el mercado como lo hacía mi madre: inicié vendiendo víveres y, luego, alimentos preparados. Sin embargo, como necesitaba dinero, decidí vender de acuerdo a la temporada: fui la primera en la venta de galletas en Navidad, globos y cariocas en Carnaval, pescado seco en Semana Santa... Nunca dejaba escapar la oportunidad de ganar un dinero extra para poder ahorrar y tener mi propia casita.

Con el sacrificio de mi trabajo y mis ahorros pude finalmente lograr ese objetivo. Sentí que había hecho posible algo imposible: de no tener nada para comer y deber meses de arriendo, a tener mi propia casita y que a mis hijos ya no les falte el alimento.

Así pasaron muchos años, con altos y bajos. Cuando pensaba que Dios tenía destinados solo dos hijos para mí, llegó Manuela, otra princesa. En aquella época nuestra situación económica se encontraba equilibrada, producto del esfuerzo, el sacrificio y mucha responsabilidad.

Mi madre se encontraba orgullosa de mí, al ver lo que había conseguido. Diosito, al igual que a mi abuelita, decidió llevársela para que me cuide desde el cielo, pero me dejó vacía de ese amor incondicional de madre que nada ni nadie podrá reemplazar.

Doy gracias a Dios de que mis hijos hayan heredado mi ejemplo de trabajo. Ahora, con 66 años, sigo trabajando en el mercado 24 de Mayo. Ya llevo 48 años con mi esposo Alfonso, mi fiel compañero de vida. Al principio fui una niña mamá con mis hermanos, pero con mis hijos ya soy una verdadera mujer mamá.




JAVIER FERNANDO CERÓN
vive en Tulcán, Carchi. Está vinculado con la Unidad Educativa del Milenio Carlos Romo Dávila.

Una vida en el campo

Con mis padres y mi hermano, salimos de Monteverde allá por 1970 en una carreta llena de sueños y halada por el Rosito y el Oriente, dos toros que marcaron mi infancia. Con ellos aramos la tierra en el llano grande y acarreamos, desde el monte del vecino Miguel Cortés, la madera para construir nuestra casa.

Recuerdo que llegamos a las Tolas, en la hacienda Indujel, para luego cruzar por la laguna de El Salado y llegar al Sixal y



Mata Redonda; ya en la hacienda Cuatis subimos por un camino lleno de lodo y llegamos al corral, en la casa que hoy es de don Carlos Arcos.

La choza donde vivíamos estaba donde hoy es el cementerio y el terreno de don Milton Querembás. Mi papi decía que allí yo me volví negro, porque habían puesto encima del fogón la hamaca donde dormía; además, el humo que se hacía al cocinar con palos de chilca verde había hecho efecto en mí.

Sabíamos ir al otro lado, cruzando por el terreno de don Elíseo Ger, para llegar al camino que va a Pioter. Allá realizábamos el desmonte del terreno que mi papi le había cambiado a don Campo Bastidas. Mi mami cocinaba calabazo sin azúcar ni dulce y en pura leche. ¡Ah, qué rico comer así, bajo el cielo azul, con el trinar de los pájaros y el rumor del agua que corre entre los carrizales! Además, comíamos carne de roncadores que mi papi cazaba con la flecha,

y las papas que sembraba sin abono y en guacho rosado, que se mezclaban con el pipiango, que se hace tostando y moliendo la pepa del calabazo. ¡Simplemente delicioso!

Mi papi, guitarrista y bohemio por excelencia, después de trabajar, pasaba en las cantinas y por todo lado en compañía de Luis Chirán, con quien formó el dúo Alma Llanera. Obtuvieron fama al ganar el primer lugar de la Copa Bayas en el festival de Huaca. Cuántas guitarras pasaron por mi casa ya no me acuerdo, pero sé que allí abundaban brazos y clavijeros, que era lo que quedaba de los instrumentos quebrados tras cada borrachera o serenata.

Esto permitió que jamás faltara en mi vida la música. Hermosos pasillos, sanjuanes, pasacalles, valsecitos y joropos interpretados por Emilio Cerón me inculcaron mi pasión por la guitarra y el canto, y fue allí, en mi casa, donde aprendí a amar las cosas simples, aprendí a palpar los silencios y gozar de la música y la amistad.

Como niños del campo que éramos, inventábamos juegos sin juguetes. Una vez, mi papi hizo un concurso de quién podía subir a lo más alto de una vara de colla. La paga sería los cinco sucres que venían dentro de la funda de Manzate, químico que se utilizaba para la lancha de las papas y que, según nos explicaba él, estaba hecho de pepas de guanto. Yo logré subir más alto porque era flaco y liviano, y la rama solo aguantaba mi peso.

Desde allá arriba, vi al lado un racimo de charmuelanes. Mis padres nos prohibían chupar la miel de sus flores porque decían que nos volvería locos de tan dulce que era. No les hice caso y me estiré para tomarlas, pero la rama no aguantó mi peso, se rompió y yo caí al suelo. Cuando llegaron, yo estaba pálido del susto pero sin ningún rasguño. Entonces mi mami me amarcó y me llevó al terreno del finado Aieguón. Allí me dio de beber agua

transparente y pura que salía de una vertiente, para saciar la sed y calmar el susto.

Cuando tuve edad para ir a la escuela, ingresé encargado, pues no podía escribir del dolor de los dedos. Estuve como dos meses y me retiré. El establecimiento era un salón hecho de chambas allá en el terreno que era de don Nabor Guazapas. Recuerdo que en esos tiempos daban de desayuno una rica colada de maíz con unas tortillas bien grandes que se hacían en la casa que era de don Erasmo Arteaga.

Después, cuando tuve siete años, ingresé finalmente a la escuela; teníamos dos jornadas. Con mi familia ya vivíamos en la casa que hasta hoy se encuentra bajo el estadio, en la avenida Inmaculada Concepción. Mi papi y mi mami nos dejaban con Jacinto Puetate, mi primo, para que nos cuidara, ya que era bueno y cocinaba una exquisita sopa de papas con huevo.

Con el tiempo se construyó la nueva escuela. En ella había una bomba que sacaba agua de un aljibe en el patio. Sin embargo, la mayoría de familias la seguíamos acarreando desde el pozo que estaba y aún existe en el terreno del finado Miguel Revelo.

De la escuela recuerdo a una guapa profesora, Blanca Pérez, que vivió en nuestra casa y me ayudó mucho con mis deberes. Era querida por todo el pueblo. La otra cara de la medalla era la señorita Etelvina Guevara, de la época de “la letra con sangre entra”: enseñaba con la guía del calabazo, que amorataba nuestras nalgas a cada golpe.

El recreo era tiempo propicio para coger los arrayanes de los árboles de don Nabor Cuazapas o los capulíes del árbol del estadio, si se lo puede llamar así, porque no era más que una especie de calle larga donde jugábamos. Como siempre llegábamos atrasados, llevábamos las frutas en los bolsillos y se las dábamos

a la profesora Zoila Pérez para que nos dejara entrar a la clase. Es claro que llegaban hechas un amasijo de cascara y jugo que manchaba los pantalones.

En los últimos años de escuela, cuando era director don Hugo Fuel, éramos compañeros de Liliana Narváez, una niña muy guapa y con una habilidad extraordinaria para la lectura. Enamorados, nos disputábamos cualquier momento para estar junto a ella, pero Bolívar Velasco sabía llevar dinero y podía invitarle golosinas; nunca supimos qué le hallaba de bueno, pero a ella le gustaba. Nosotros, por nuestra parte, en medio de las limitaciones económicas, éramos inmensamente felices.

Hoy, que el tiempo ha transcurrido, me llena este dulce recuerdo y me invade el alma con renovadas emociones. Solo cuando la ausencia impone lejanías pasajeras viene la cuantificación del afecto familiar y la amistad. Simultáneamente viene el goce de medir la suerte inmensa de haber nacido en un lugar del mundo donde la belleza brota a raudales.

GEOVANNA REALPE
estudia en segundo año de Bachillerato de la Unidad Educativa Libertad.

Entre la vida y la muerte

La señora Blanca Mejía, esposa de mi tío Carlos, vive con él en una finca llamada El Botón, de su propiedad. Tienen una hija y son muy felices. Blanca no conoce el rencor ni la venganza, se lleva bien con la familia, sus vecinos y sus amigos.

Con el pasar del tiempo, un pequeño accidente de su niñez llegó a afectarla. Sucede que un dolor de estómago marcó su vida



para siempre. Al principio todos pensábamos que era un dolor pasajero, pero no fue así.

Sus molestias eran cada vez más fuertes, hasta que su familia se preocupó y la llevó al doctor. Nadie podía decirle lo que le pasaba, así que recurrieron a los hierbateros, quienes dijeron que era un "mal de calle".

Nos dieron la esperanza de que con algunas curaciones se recuperaría; sin embargo, esa alegría duró muy poco, porque no tuvo ninguna mejoría. Su hija, muy preocupada, fue a buscar otra opinión médica. No le importaba cuánto tenía que gastar para que su mamá se pusiera bien.

Un día, decidieron llevarla a la Clínica Moderna de Ibarra. Con el fin de encontrar qué tenía, le hicieron varios exámenes. Los resultados fueron los que los familiares ya nos imaginábamos,

pero no queríamos afrontar la realidad: tenía cáncer, y los doctores dijeron que le quedaba un mes de vida junto a nosotros.

Al principio, su esposo y su hija decidieron ocultarle la enfermedad, porque no sabían cómo iba a tomar la noticia. Pero su ansiedad por saber de qué se trataba ese dolor pesó más, así que se lo contaron.

Ella no lo creía. No creía que un simple dolor de estómago pudiera cambiar toda su vida. De pronto, perdió las esperanzas y la fe de que se curaría. Como familia tratamos de ayudarla a sentirse mejor y de hacerle ver que con la ayuda de Dios todo va a salir bien. Nuestra vida está en Sus manos. Gracias a Dios aún la tenemos a nuestro lado.




GHINA MAGALY REA nació en Urcuquí, Imbabura, en 2001. Estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Urcuquí. Su actividad favorita es bailar.

Pedazo de vida, vuelve

Cómo olvidar aquella tarde de enero en la que Dios decidió arrebatarme un pedazo de mi vida. Todo comenzó el 25 de diciembre, al parecer una Navidad normal, feliz, pero al rato las cosas comenzaron a tornarse grises, en el momento en que vi a mi primo sacar a mi viejecita y subirla en su carro. Todos en mi familia tenían una mirada consternada y angustiada, aunque ella, para no preocuparnos, afirmaba que era un dolor pasajero.



Pasaron los días y aparentemente mi viejecita se encontraba estable, pero ya no era la misma: algo en ella se había apagado. El 31 de diciembre, cuando el reloj marcó las doce, entré a su habitación y la abrace con lágrimas en los ojos; solo pude pedirle que se mejorara pronto.

El mes de enero aparentemente todo había vuelto a la normalidad, pero con el paso de los días volvió a recaer. La veía al salir al colegio en la mañana, y al volver a casa me decían que la habían llevado al hospital porque ya no aguantaba con los dolores. Allí no le daban más que sueros y le hacían examen tras examen. Al inicio le diagnosticaron quistes, pero semanas después le dijeron que tenía cáncer. ¿Cómo era posible?

La tuvieron semanas en Quito; mientras tanto, nosotros, acá, estábamos con un tremendo espacio vacío. Al entrar a casa se notaba su ausencia. En las noches tenía que ver cómo mi

madre se tragaba las lágrimas cuando mis hermanos menores le preguntaban por la abuelita. Sin duda, cuando ellos se dormían, se ahogaba en llanto.

Un día, mi abuelita volvió de Quito junto con mi tía. Todos la recibieron con un abrazo, pero yo no lo hice porque sabía que si la abrazaba me iba a poner a llorar, y no quería que se pusiera triste.

El 28 de enero la vi en la mañana y en la tarde me dijeron que la habían llevado nuevamente al hospital. Ella, sin embargo, solicitó volver a casa, y cuando escuché que había vuelto pensé que ya estaba bien, pero al entrar a la habitación escuché un raro sonido: era su pecho, que le roncaba. Le pedí la bendición y no supo contestarme.

Salí y al rato llegó mi primo con el sacerdote; ella lo había solicitado. Minutos más tarde, mientras me encontraba en la cocina, mi prima apareció llorando, y por más que le preguntaba qué sucedía no me contestaba. Al acercarme al corredor para ir a la habitación, vi que mi madre y mis tías lloraban desconsoladamente. Mi hermano mayor se descontroló. Había fallecido.

Yo no podía aceptarlo. Tan solo me senté en la vereda y golpeaba mis manos contra el duro cemento. Una de mis primas me decía que me calmara, pero no podía. De pronto fue como si lo hubieran planeado: llegaron mis tíos para llevarme junto con los más pequeños a la casa de una tía de mi madre. Al entrar de nuevo a la casa en busca de abrigos, fui a la habitación de mi abuelita y la vi tendida en el suelo. No podía creerlo: ¿en realidad era ella? Salí corriendo de la habitación; todo era real.

Desde aquel instante me sentí muy sola, vacía. No podía hacerme a la idea de que ella estuviese dentro de un ataúd al poco tiempo de darle un último adiós. Desde el primer día de su funeral hasta su sepulcro asistieron muchísimas personas,

pero se percibía un ambiente muy triste; incluso los más duros cayeron en llanto.

Ha pasado el tiempo y aún sigo con esperanzas de volver a verla, sigo esperando despertar de este sueño en el cual ella partió al lado de Dios. De todas formas, sé muy bien que ahora ella me bendice desde el cielo y que guía mi camino; sé que ríe conmigo tal cual lo hacía cuando yo era niña y jugábamos juntas; sé que celebra mis triunfos y que siempre me acompaña en todo momento. Y es que mi viejecita era una de las mujeres más aguerridas y humilde que he conocido, la mujer que me vio nacer y crecer y a la que lamentablemente yo vi partir de este mundo.




FERNANDO JOSSUÉ AYALA
nació en Baeza, Napo, en 2000. Estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Alberto Enríquez. Su actividad favorita es tocar la guitarra.

Ruleta de emociones

Es extraño cómo a veces necesitamos del dolor para abrir nuestras puertas cerradas y para mostrar nuestro cariño a aquellas personas que amamos. El dolor nos abre mutuamente, la muerte nos une de una forma nueva…

A. Grum

Esta es mi vida, poco corriente. A muy corta edad sentí el agrio sabor de la pérdida de un ser amado, y entendí así que la vida no es más que una ruleta de emociones.



Mi nombre es Fernando Jossué Ayala Vásquez. Nací el 23 de agosto del 2000 en la ciudad de Baeza, provincia de Napo. Mi madre, María Vásquez, y mi padre, Fernando Ayala, junto con mis hermanos, esperaban con gran ilusión mi llegada, pues hacía falta quien les diera dolores de cabeza con cada travesura y ocurrencia.

Me arriesgaría a decir, por las divertidas historias que he escuchado, que Baeza fue el lugar mágico y perfecto para mi familia. Su vida estaba por fuera de la tecnología actual; en lugar de usar Messenger o WhatsApp, se sentaban en la vereda a contar desde escalofriantes historias de terror hasta el chiste más agrio. Lástima que no todo lo bueno dura para siempre.

Al cumplir mi primer año de edad, por cuestiones de adultos que jamás entendí, nos mudamos a Atuntaqui, la ciudad donde hasta hoy residimos. Con los brazos abiertos nos esperaban nuestros familiares, a los que no éramos muy apegados por el

hecho de vivir en la lejana Amazonía ecuatoriana. Sin embargo, fue algo satisfactorio verlos reunidos con el fin de recibirnos en nuestro nuevo hogar.

Instalados, acostumbrándonos a nuestro nuevo estilo, en la ya mencionada ruleta caímos en el casillero de la tristeza y el enojo. Nuestro negocio de años (se podría decir “familiar”) fue saqueado por unos amigos de lo ajeno. En realidad todos creíamos que era lo peor que a una familia le podía suceder, pero finalmente entendimos que son cosas materiales que a la larga se pueden recuperar. Con trabajo duro y constancia logramos restablecer esas pérdidas.

Sin embargo, a los pocos meses sufrimos la más grande pérdida, una que sí marcó nuestras vidas con heridas imborrables. Era un jueves, cómo olvidarlo, un jueves oscuro y nublado. Siempre esperaba en la puerta de mi casa, con toda emoción, ver a mi padre venir caminado por la vereda después del trabajo, cansado pero con mucha alegría de encontrarse y almorzar con su familia. Ansiosos, aquel día esperábamos su retorno, pero dieron la una y las dos y las tres y la comida se congelaba. Ningún rastro indicaba que papá estuviera cerca, y empezó aquella sensación nueva para nosotros: ¿qué le había sucedido? Tratando de no hacer caso a la intuición, continuamos con nuestras actividades: unos comiendo, otros atendiendo nuestro nuevo negocio de videojuegos, y yo, al ser el más pequeño de la casa, durmiendo la siesta de la tarde.

No puedo explicar el dolor que vivieron mi familia, nuestros conocidos y los amigos de mi padre, porque era aún muy pequeño. Solo recuerdo el profundo dolor que vi reflejado en la mirada perdida de todos al recibir la terrible noticia de que mi padre, el gran esposo, profesor, hijo, hermano y amigo de muchos, había sufrido un trágico accidente de tránsito que le había quitado la vida. Se sentía por un instante que ese espantoso dolor había

roto el tímpano de hielo que existía en la familia. Sus abrazos de consuelo eran los más sinceros que había podido percibir a mi corta edad, las palabras de ánimo eran las más honestas que había escuchado. Como dice Grum, "la muerte nos une de una forma nueva…".

Ahí estábamos todos ante un ataúd, anhelando que aquello fuera solo una pesadilla, mirando al cielo buscando respuestas: "¿En qué momento pasó esto?". Nadie estaba preparado, aún nos faltaban muchas historias por vivir, mucho amor por demostrar, palabras por decir. Todo se lo llevó el viento frío de nuestra ciudad. Solo estábamos seguros de que, dondequiera que estuviera mi padre, sería un lugar digno para la persona única que había sido, llena de virtudes y amor al prójimo.

Recuerdo que cuando crecí me contaron ya con más calma y resignación el suceso de ese trágico jueves. Mi padre, licenciado del Ministerio de Educación, realizaba su labor en Chuga, uno de los pueblitos de Pimampiro. Allí habían sido llamados los representantes de padres de familia de la comunidad a una reunión que se realizaba mensualmente. El representante de la escuelita de Chuga, sin embargo, no podía asistir, pues una de sus vaquitas había escapado, así que pidió comedidamente a mi padre que fuese en su lugar, sin saber que produciría un giro en la ruleta de nuestra vida, con un punto de destino fatal que traía consigo tristeza y soledad.

En fin, a la larga empezó mi travesía en el mundo estudiantil. ¡Qué buenos y memorables recuerdos me dejó! Pese al dolor que representaba no tener a mi padre en mi vida, puedo decir que el resto de mi familia se encargó de darme todo lo necesario para que aquel vacío no fuese tan notorio.

Qué emocionante era ir a clases, pues sabía que seguro crearíamos con mis compañeros mágicas aventuras en el recreo.

Y no se diga el estudio… Sé que para muchos no es muy agradable pasar entre libros y deberes, pero siempre sentí que dar lo mejor de mí sería una buena manera de recompensar a mi familia por todo su apoyo. Sin el afán de presumir, desde el jardín me destaqué por ser uno de los mejores estudiantes, lo cual me ha llevado hoy en día a lograr una de mis muchas metas: ser portaestandarte del emblema de la Unidad Educativa Alberto Enríquez.

Dedico ese logro a mi familia y sobre todo a la memoria de mi padre, porque, aunque se haya ido tan pronto de mi vida, en cada momento siento que me acompaña y guía mis pasos; mejor que nadie, pues sabe todo lo que he vivido, en qué casilleros de emociones me ha puesto la vida.

Es complicado atravesar la adolescencia. Se producen en nuestro ser destellos de dudas, preguntas, incomprensiones y miedos, pero puedo decir que siempre que ha girado la ruleta de mi vida me ha dejado grandes enseñanzas. Ellas me darán la sabiduría necesaria para llegar a la madurez sin contratiempos, y valorando a las personas y sucesos importantes que se crucen en mi camino.

MARÍA ISABEL FÉLIX nació en Urcuquí, Imbabura, en 2002. Estudia en primer año de Bachillerato de la Unidad Educativa del Milenio Yachay. Su actividad favorita es acampar.

Una locura por descubrir

Un domingo muy lluvioso, Franco, un señor humilde, se levantó muy temprano. Le encantaba salir con su familia al campo, pues su mayor alegría era ver a todos disfrutar y ser felices. Sin embargo, aquella mañana fue diferente, ya que durante algunos días se había sentido mal físicamente.

Su esposa, Isabela, observó su actitud y comenzó a preocuparse. Fue, habló con él y decidieron ir al médico. Allí lo revisaron

y le mandaron a hacer unos exámenes; también le recetaron medicamentos hasta ver los resultados.

Las horas pasaban y al llegar a la casa fue a descansar. Su familia estaba triste; sin embargo, lo apoyaban para que pudiera sentir su afecto.

Al día siguiente, este humilde hombre fue al doctor sin avisar a su esposa, y aquel, preocupado, le dio la noticia de que tenía un cáncer: le quedaban siete meses de vida. Franco, sin palabras, se puso a llorar. El doctor le recomendó que se lo contara a su familia para que se pudiera preparar psicológicamente y comenzar con algunos tratamientos.

Cuando llegó a la casa le contó a su esposa lo sucedido, con la condición de que no se lo dijera a nadie. Ambos se abrazaban, con lágrimas en los ojos, y se daban ánimos.

La vida es así, no para porque alguien esté enfermo o triste, así que Franco compuso una lista de todas las cosas que le faltaba hacer. Al tope aparecía su deseo de viajar a Asia.

Se lo contó a su esposa, pero ella no estaba de acuerdo: era una locura carísima; además, él estaba enfermo y debía quedarse en casa. De todas formas, él, aun sin la aprobación de Isabela, comenzó a vender accesorios para reunir dinero.

Billete a billete, moneda a moneda, reunió para los pasajes y un poco más. Le dio la noticia a su esposa, pero ella no quiso aceptarla.

—Isabela —le dijo—, todo lo que he hecho es porque te amo y deseo compartir mi sueño contigo. Realmente quiero verte feliz. Gastar tanto en tratamientos y estar postrado en una cama me resulta una tragedia.

Isabela, convencida, se armó de valor y alistó sus maletas; quería disfrutar con él. Fueron tomados de la mano hacia el aeropuerto y volaron a Asia.



Al bajarse del avión, a Franco se le caían las lágrimas de la emoción. Junto a Isabela, pudo conocer lugares famosos, tomarse muchas fotos, compartir costumbres, convivir bien. Por primera vez olvidó su enfermedad: se reía como nunca, comía mucho, y parecía que no estuviera enfermo. Cuando regresaron, traían recuerdos inolvidables.

Sin embargo, apenas al llegar, Franco se sintió muy mal. La ambulancia lo llevó al hospital en las últimas. Una vez allí, desde su cama, llamó a Isabela y su familia para que entraran y él pudiera despedirse.

Con dificultad les dijo que nunca esperaran a alguna enfermedad o problema para poder realizar sus sueños.

—La vida no es comprada —susurró con un hilo de voz—. Uno es el que elige vivir, ya sea para bien o para mal. Solo uno decide.

Era difícil para ellos, mas lo tomaron como una lección de vida. Horas después, Franco falleció con la certeza de que había sido feliz con su amada esposa.




NATALY SILVANA CACHIMUEL
nació en Atuntaqui, Imbabura, en 2001. Estudia en segundo año de Bachillerato de la Unidad Educativa Alberto Enríquez. Su actividad favorita es la lectura.

Mi abuela y yo

Todo comenzó un día diferente al resto. Yo iba caminando y me dirigía a la casa de mi abuelo. Ya eran casi las seis de la tarde, así que me apresuré; él siempre me había dicho que esa era una mala hora para andar por las calles desoladas. Cuando llegué, estaba sentado en una pequeña choza que él mismo había construido. Me acerqué y lo saludé con mucho cariño, ya que es el único abuelo que me queda vivo. Rápidamente, con una mirada cálida, me indicó que me sentara junto a él.

Me gusta mucho ir a su casa, ya que todas las tardes me cuenta historias muy interesantes que me dejan con la boca abierta. Es un hombre muy sabio y le tengo mucha admiración y respeto. Justamente ese día era viernes 13, una fecha que al parecer a mi abuelo no le agrada mucho, aunque yo no sabía la razón. Con un pequeño susurro le pregunté si me iba a contar una historia; él asintió con la cabeza y comenzó:

—Hace aproximadamente dieciséis años, cuando tú estabas recién nacida, tu abuela y yo decidimos venir a vivir a la cuidad de Atuntaqui para no perdernos nada de tu infancia. Ya sabes: eres nuestra única nieta y te queremos mucho.

"Teníamos un poco de dinero ahorrado y con eso bastaba para comprar una casa pequeña. Después de unos días de búsqueda encontramos el lugar donde estamos en este preciso instante. Era una casa muy vieja y en mal estado, así que tuvimos que arreglarla para que fuera habitable. Tu abuela, con mucho entusiasmo, dijo que la compráramos, no le importaba la pocilga que era, con tal de estar cerca de ustedes.

"No me pude negar y cedí al deseo de tu abuela, pero no sabía que esa compra iba a ser la peor inversión de nuestras vidas. Unos días después habitamos la vivienda y tu abuela de repente enfermó de gravedad. Los médicos que la vieron no sabían lo que tenía. A los pocos días no pudo resistir más y murió. Sí, fue el 13 de mayo de 2001, un mes después de tu nacimiento.

"Los vecinos, después de un tiempo, me dijeron que la casa estaba embrujada, tenía una especie de maldición. Cada vez que un miembro nuevo llegara a su familia, una de las personas que habitaran la vivienda tendría el riesgo de morir. "Es una maldición que afecta a las personas de sentimientos puros", me dijeron. Y así fue: después de un mes de tu llegada, tu abuela se fue de esta Tierra a descansar en paz y, claro, yo estoy esperando



mi turno. Cuando alguien más nazca en la familia será mi hora de partir.

Mi abuelo se quedó en silencio. Yo no podía creer lo que me había contado. Sentía que era mi culpa que mi abuela hubiera muerto, me sentía tan miserable. Mi abuelo me miró y soltó una pequeña sonrisa. Agarró una cajita que estaba al lado suyo y me dijo que ese era mi regalo de cumpleaños. Con enorme tristeza lo abrí. Era un portarretratos.

La mujer de la foto era mi abuela. Era la primera vez que la veía. Sin embargo, cuando la miré con atención me di cuenta de que era la misma señora a la cual había saludado a la entrada de la casa de mi abuelo desde que tengo uso de razón, una señora muy amable que siempre me sonríe. Ahí me di cuenta de que mi abuelita nunca me dejó, y de que siempre estará conmigo, al igual que mi abuelo.




ALISSON ESTEPHANIE USIÑA
estudia en primer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Diez de Agosto.

Mientras haya vida habrá esperanza

El 7 de enero del 2003 nació una pequeña y bella niña llamada Valentina. Para sus padres fue lo más hermoso que les pudo haber pasado, porque esperaban la llegada de una mujercita a su familia. Tuvo una infancia llena de alegría y amor, hasta sus ocho años, cuando sucedió algo que nadie esperaba: le detectaron leucemia, cáncer a la sangre. A tan temprana edad, ella no sabía por qué sus padres la llevaban al hospital tan seguido. Solo sabía que le



sucedía algo grave, porque su madre siempre lloraba y le decía que era una niña valiente y que iba a “salir” de aquello.

Su tratamiento fue muy duro: quimioterapias siete días a la semana, las veinticuatro horas del día; pasaba muy sola en la sala del hospital. Poco a poco iba perdiendo su hermoso y largo cabello, y sus pestañas también comenzaron a desaparecer. Fue un dolor muy grande para ella, pues comenzó a darse cuenta de que su cuerpo y su físico ya no eran los mismos, era mucho más débil que los demás niños de su edad.

Día a día luchaba contra aquella enfermedad, pero hubo algo que siempre la mantenía alegre: el hecho de saber que por algo pasan las cosas y que Dios tenía un propósito preparado para ella. A pesar de su dolor y el de sus padres y hermanos, ella siempre sonreía, pues no quería dejarse vencer por aquella batalla tan dura.

Después de dos largos años, ya se veía triunfante, pero decayó nuevamente, sin que supiera qué había sucedido o qué había hecho mal. Sus padres vieron que su fiebre no daba tregua, así que inmediatamente la llevaron al hospital. Su médica tratante la examinó minuciosamente, pero no se detectó nada, y la fiebre seguía sin parar. Decidieron aspirar por vigésima vez la médula de la pequeña para ver qué sucedía en aquel cuerpecito indefenso. Desgraciadamente se trataba del peor escenario posible: su cáncer había avanzado hasta la médula en un 80%.

La médica informó a su madre lo que estaba sucediendo y le confesó que solo había dos opciones, con el mismo final. La primera era seguir el tratamiento pero con dosis más fuertes de quimio y radioterapia; sin embargo, después de todo, moriría. La segunda opción era mandar a la pequeña a casa, con un mes de vida por delante.

Para sus padres fue el dolor más grande. La madre debía hacer el trabajo más duro: hablar e informarle todo a su pequeña Valentina. La niña tomó la noticia con tranquilidad y pidió a sus padres que la llevaran a casa. Su última voluntad era pasar junto a ellos y a sus hermanos.

La pequeña tenía algo que nadie más podía ver: confiaba muchísimo en Dios. Con lágrimas en los ojos oraba y le pedía que la curara de toda enfermedad, que lo que más deseaba era estar sana. Y así fue: empezó a llevar una vida normal; bueno, al principio bajo estrictos cuidados y con sus padres siempre pendientes de que no se cayera, golpeara o tuviera resfriados.

Al cumplir el año en casa, sus padres decidieron hacerle un examen de sangre. El resultado fue la noticia más alegre: la doctora les confirmó que su pequeña hija se encontraba muy bien, pues el cáncer ya no se encontraba en su cuerpo.

Cinco años después se realizó su última operación del corazón, para retirar un catéter que servía para las quimioterapias. Gracias a Dios, todo salió en perfectas condiciones. Hoy en día, la niña acaba de cumplir quince, contenta y tremendamente agradecida con Dios por haberle regalado más años de vida.




VERÓNICA ELIZABETH IMBAQUINGO
nació en Chambitola, Pichincha, en 2002. Estudia en segundo año de Bachillerato de la Unidad Educativa Gabriela Mistral. Su actividad favorita es jugar básquet.

Mi abuelito

Empezó un día cuando mi abuelito tenía seis años y su hermano mayor, ocho: los dos dejaron de estudiar porque sus padres estaban muy enfermos y no podían obtener el dinero para que lo siguieran haciendo. Los hermanos, desde entonces, vivieron en la casa y se dedicaron al cuidado y la venta de animales durante dos años. Sin embargo, no les alcanzaba, y pasaban mucha hambre. Un tiempo después, sus padres murieron y ellos quedaron, con nueve y once años, respectivamente, huérfanos y teniendo que cuidar a sus tres hermanos menores.



Mi abuelito y su hermano mayor tuvieron que dejar a los niños en casa de un familiar muy cercano, mientras buscaban un trabajo. Así, viajaron al Oriente con uno de sus tíos para trabajar en una hacienda.

El primer trabajo que tuvieron fue en la cocina, y después se encargaron del mantenimiento y la limpieza. Con lo poco que les pagaban, visitaban a sus hermanos cada dos meses. Así vivieron durante cinco años, hasta que el hermano mayor de mi abuelito, a los dieciséis, obtuvo el puesto de cuidador del ganado y los caballos de la hacienda.

Cinco años más tarde, el mayor pasó a ser capataz de la hacienda y mi abuelito lo suplió cuidando a los animales. Finalmente, poniendo como excusa que no hacía bien su trabajo, el hermano dejó en la calle a mi abuelito, que regresó a su casa a encargarse de sus hermanos menores, y con mucho rencor.

Mi abuelito volvió a vivir del cuidado de animales, vendiendo sus crías para seguir adelante. Cuando tenía treinta años, conoció a una mujer llamada Clara y a la larga se enamoraron.

Al principio, los padres de Clara no estaban de acuerdo con la relación, pero terminaron aceptándola. Desde entonces, empezaron a vivir juntos en una casa de tierra ubicada en los terrenos de los suegros de mi abuelito, que les regalaron seis ovejas.

Clara y mi abuelito las cuidaron y alimentaron muy bien, y en tres años se vieron los buenos resultados: tenían tantas ovejas que ya no las podían contar. Allí, después de diez años de convivencia, decidieron casarse, y más tarde llegaron a tener cuatro hijas y un hijo. Sin embargo, ellos tampoco pudieron estudiar, debido a la economía. Mi abuelito se sentía mal, porque hubiese querido que sus hijos tuvieran una mejor vida que la que había tenido él.

Después de algunos años les llegó la triste noticia de que Clara estaba enferma, con cáncer al corazón. Antes de morir, trató de enseñar valores a sus niños, y tuvo la alegría de ver que sus tres hijas mayores se habían casado con hombres ejemplares, especialmente para el trabajo. Afortunadamente, también pudo conocer a sus nietos Blanca y Edwin.

Pero la muerte de Clara trajo peleas entre los cinco hermanos. Mi abuelito intentó muchas veces, con sus palabras y consejos de padre, hacer que se llevaran bien, pero no dio ningún resultado. Finalmente, se cansó de ver a sus hijos como extraños y cayó en el alcohol; por esa razón, terminó quedándose solo.

Después de un tiempo, su tercera hija, María, y Bayardo, su esposo, se lo llevaron a vivir con ellos para cuidarlo un poco. En los terrenos de la difunta Clara, mi abuelito y Bayardo sembraron papas, trigo, habas y cebolla, y de eso vivieron hasta que mi

abuelito cumplió 59 años, se construyó una casa mejor y se fue a vivir solo.

Para cuando cumplió los sesenta ya había dejado el alcohol y se había hecho evangélico, un siervo de Dios. María y Bayardo siguieron su camino, pero era muy doloroso para mi abuelito ver que sus otros cuatro hijos hacían como si no existiera.

Pasaron unos pocos años y llegó otro momento de tristeza para la familia: el esposo de María se enfermó, y los doctores dijeron que no había nada que hacer, ni siquiera tenían medicinas para aquello que lo aquejaba. Bayardo soportó terribles dolores de cabeza, espalda y hombro durante un año, hasta que se suicidó para no sufrir más.

Desde entonces, las cosas cambiaron mucho en la vida de María, viuda con dos niñas y un niño. Yo soy una de esas hijas, precisamente la que, con tan solo nueve años, encontró a su padre tras haberse dado muerte.

Mi madre tuvo que tomar decisiones duras, y así fue que nos marchamos a vivir al Cajas, cerca de una hermana de mi padre, y dejamos solo a mi abuelito. De todas formas, siempre que podíamos volvíamos a visitarlo.

En una de esas visitas, notamos que no se veía tan bien. Mi madre se lo dijo y él le contestó que estaba muy enfermo, entre otras cosas, de una anemia avanzada, del riñón, el oído y la vista.

Fue demasiado cruel por parte de sus otros cuatro hijos que no lo cuidaran un poco desde que partimos al Cajas. Nadie vio si estaba bien, y pasó días de hambre, frío y mucho trabajo; así fue que se enfermó.




CARLOS ANÍBAL MUENALA
nació en Ibarra, Imbabura, en 2001. Estudia en segundo año de Bachillerato de la Unidad Educativa Imbaya. Su actividad favorita es jugar fútbol.

Un recuerdo que no puedo olvidar

La tarde de sábado, mis dos hermanas, Adela y Érika, salieron a pasear en sus bicicletas por todo el barrio. En el camino, una de ellas perdió el equilibrio y se desplomó en el suelo. En ese momento, mi otra hermana pensó que era una caída normal; sin embargo, Adela no se levantaba del piso y le pareció que estaba desmayada, porque no hacía ningún movimiento.



Érika, preocupada, fue a la casa y dio aviso a mi madre. Yo, al escuchar aquel suceso y ver la preocupación de la familia, me asusté y corrí hacia donde estaba ella, pero ya se había levantado. Pensé que estaba bien y le pregunté cómo estaba o qué le dolía, y ella me respondió:

—¿Dónde estoy? ¡Quiero ir a mi casa! ¿Quiénes son ustedes?

La llevamos a la casa pero ella quería irse: no reconocía a mis hermanas ni a mi madre ni a mí, solo decía que la dejáramos ir y su rostro estaba lleno de miedo. Sin saber qué hacer, me fui a buscar a mi padre, que estaba jugando fútbol, y le informé del accidente que le había sucedido a mi hermana. En ese momento, mi padre pensó más en su hija que en el partido y fuimos de prisa a la casa. Al llegar, como vio que tampoco lo reconocía, de inmediato la llevaron al hospital.

Mi hermana menor y yo nos quedamos. Mi padre me dijo que llamaría a contarnos las noticias, así que aquel tiempo se volvió de gran preocupación y angustia. Temíamos que al golpearse la cabeza tuviera un problema en el cerebro o algo parecido; no sabíamos si podía morir o si nunca volvería a recordar a su familia.

El tiempo pasaba muy lento y no había ninguna llamada de mi padre. Finalmente, en la noche llegaron con mi hermana un tanto delicada y con dolor, pero afortunadamente ya recordaba quién era y quiénes éramos sus familiares.

Me explicaron que la pérdida de memoria había sido temporal, que no debía esforzar mucho su mente, ya que eso le podría traer consecuencias graves. Todo un mes transcurrió para que ella se recuperara completamente. Gracias a Dios lo logró, aunque para ella la bicicleta se volvió su mayor recelo.

KAREN ELIZABETH ANRANGO
nació en Cotacachi, Imbabura, en 2000. Estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Isaac Jesús Barrera. Su actividad favorita es jugar fútbol.

Historia de mi madre

Mi mamá tuvo una infancia muy dura. Desde que tuvo uso de razón se acuerda de que mi abuela la rechazaba porque se parecía mucho a mi abuelo, y nunca le dio cariño de madre. Al contrario, a mis otras dos tías las quería porque se parecían mucho a ella. Puso en la escuela a las tres, pero al año no le alcanzó el dinero y retiró a mi mamá.

—Ya que no puedes estudiar —le dijo—, me vas a ayudar en la casa, porque hay muchas cosas que hacer.

Un día salieron a hacer pastar al ganado y a mi madre se le perdió un chancho; al llegar a la casa le pegó muy duro. Siempre la mandaba a cocinar y, después, a lavar en el río. Si perdía alguna pieza, le pegaba.

A mi mamá nunca le compraba ropa, mientras que a los otros hijos sí. Sin embargo, para los mandados la llamaba siempre a ella. Además, mi abuela hacía tiesto, así que llevaba a las hijas a sacar barro de la quebrada. Como decía que mi mamá tenía más fuerza, le hacía cargar una mayor cantidad. Mientras iba creciendo, el corazón de la niña empezaba a endurecerse.

A los nueve años, mi mamá salió a trabajar en las haciendas quitando hierbas, sembrando, etc. Cuando lo hacía —en algunas no la tomaban porque era muy niña—, la plata que ganaba era para mi abuela.

Así, mi mamá creció con maltratos, hasta mis tíos le pegaban. Una tarde incluso pensó en suicidarse, y justo en ese momento llegó mi abuela:

—¡¿Qué tratas de hacer, estás loca?!

Mi abuelo apenas pasaba en la casa dos días a la semana, pero cuando estaba la defendía; fue buena persona con mi mamá.

Una noche, hubo una reunión en la comunidad y una vecina se le acercó:

—¿Por qué te maltrata solo a ti? —le dijo—. A tus otras hermanas no les pega... ¡Lo veo y me da mucha pena! —Y le preguntó—: ¿Quieres ir a trabajar a Quito?

—¡Mi mamá no me mandaría! —contestó.

—¡Vamos! Yo te llevo sin avisarle a tu mamá.



Entonces, aceptó la propuesta, alistó las tres ropas que tenía y las guardó en una caja chiquita. Aquel día, mi abuela, como siempre, estuvo enojada, pero mi mamá pensaba: “Es el último día que estoy aquí”. Ya en la tarde, salió a coger agua y de ahí se fue donde la vecina.

A la madrugada salieron para Quito, donde trabajó por muchos años. Cuando finalmente volvió a su casa, le recibieron con los brazos abiertos. Mi abuela la abrazó llorando y gritando:

—¿Por qué te fuiste así, callada? ¡Sufrí por mucho tiempo!

A pesar de lo que pasó con mi abuela, mi mamá la sigue ayudando en todo lo que necesite. Hace unos meses falleció mi abuelo y estuvo triste, porque lo quería mucho y recordaba todo lo que había hecho por ella.




KARLA MASSIEL CARVAJAL
nació en Otavalo, Imbabura, en 2002. Estudia en segundo año de Bachillerato de la Unidad Educativa Isaac Jesús Barrera. Sus actividades favoritas son leer, bailar y jugar con sus dos mascotas.

Camila y Chipi: un amor entre comidas

Nací un 13 de febrero a las 23h56. Solo faltaban cuatro minutos para que naciera el 14 de febrero y mi nombre fuese Valentina. Pero mi nombre es Karla.

A la corta edad de tres meses tuve que mudarme de Otavalo al Oriente, al Coca para ser exactos, pues mi padre tenía su empleo allí. Al llegar, según mi madre, fui muy bien recibida por Rinty, la



mascota de mi tío, un perro muy grande y fuerte que daba miedo solo de mirarlo. Lo más curioso era que, en cambio, era muy cariñoso con los niños, especialmente con los bebés, y cuidaba de mí en todo momento. Era mi fiel compañero: cuando salíamos, él nos seguía; si yo me dormía, él se recostaba junto a mí.

Así pasaron dos meses, pero luego mi madre decidió regresar a Otavalo, pues mi estado de salud no era bueno; el clima de allá no me había hecho nada bien. Rinty se quedó con su familia, pero gracias a lo que me han contado mis padres no lo olvido, lo llevo siempre en mi corazón. Poco tiempo después de nuestra mudanza fue arrollado por un vehículo y murió.

Así pasaron los años junto a mis padres, mis abuelitos y mi tío, al que yo con mucho cariño llamo "ñaño". Fui creciendo hasta que el 5 de septiembre del 2007 recibí la mejor de las sorpresas: mi madre llevaba una cachorrita en sus brazos, una pequeña perrita que había adoptado.

Al verla, mis ojos brillaban y yo no paraba de gritar, saltar y llorar de la felicidad. Mi madre me dijo:

—Ya hemos platicado sobre la responsabilidad, el respeto y el cuidado de los animalitos. De hoy en adelante deberás ser responsable con esta perrita, ¿de acuerdo?

Yo dije que sí, que cuidaría de ella siempre, y mi madre me la entregó. Era muy adorable y cálida.

—Se llamará Camila —dije, y mi mami comentó que era un buen nombre, pues significaba 'enfrente de Dios'.

Le acomodamos una caja de cartón con cobijas y comida, para que pudiese estar abrigada y segura. Con el paso de las semanas la veía ponerse más grande y fuerte. Jugaba con todo lo que estaba a su alrededor y se subía a mi cama. Con su gran amor y dulzura se fue convirtiendo en lo más valioso de mi vida, mi mejor amiga.

Unos años más tarde nos mudamos a la casa de mis abuelitos, donde mi Camila tuvo que adaptarse, pues el patio era muy pequeño. Cada año tenía su chequeo con el veterinario para verificar su estado de salud, y por suerte siempre se encontraba bien.

Recuerdo que el 27 de julio del 2015, yo estaba con mi madre cuando escuché la voz de mi abuelito que decía:

—¡Massielita —así me llaman de cariño—, venga a ver esto!

Yo bajé muy apresurada a ver qué pasaba, y solo vi una caja que se movía. Creí que había entrado algún ratón o animal extraño, pero no. Mi rostro se iluminó de alegría, pues era un pequeño y hermoso gatito de color amarillo con ojos grandes de color miel. Estaba muy emocionada, ya que nunca antes había tenido un gatito como mascota.

Enseguida lo amarqué, lo abracé y le pregunté a mi abuelito dónde lo había encontrado. Él me dijo que un conocido de él había tenido una gata que había parido cuatro gatitos y quería darlos en

adopción, pues ya tenía muchos. Tan pronto como pude, les avisé a mis padres y a mi abuelita. Cuando bajaron a verlo, para nuestra sorpresa, se dieron cuenta de que era "un saco de pulgas", así que tuvimos que limpiarlo.

Al día siguiente, mi abuelito le construyó a Toby (así lo llamé al principio) una casita para que durmiera. Yo lo llevé a la terraza, donde estaba mi perrita, y allí lo solté. Ella se acercó a mirarlo y a olfatearlo y luego se enojó tanto que se fue a un lado; al mediodía, cuando les puse comida, Cami se puso tan celosa que no comió casi por una semana. Ya me empezaba a preocupar, pero al cuarto día le dio tanta hambre que comió junto a Toby (que poco después pasaría a llamarse para siempre Chipi, pues mi abuelita le decía así).

Después de unos meses, Chipi desapareció. Todos en casa estábamos muy tristes, porque se había ido hacía ya cinco días. No sabíamos qué hacer hasta que escuchamos un "¡Miau!". Salimos a verlo y de hecho era él, pero estaba muy herido: un perro le había mordido la pierna y no podía caminar. Estaba tan flaco que se le notaban los huesos.

Lo llevamos al veterinario, quien lo revisó. Estaba en estado crítico. El doctor dijo que podía haber muerto, que había sido un verdadero milagro. Tuve que llevarlo a controles por una semana más, pero con la ayuda de Dios mi gatito volvió a caminar.

El 5 de septiembre del 2017 mi perrita cumplía diez años de estar conmigo en las buenas y en las malas. Ya era ancianita: se cansaba de caminar mucho y su cadera empezó a flaquear; a veces ya no podía levantarse.

Como mis padres también vieron que estaba empeorando, la llevamos al veterinario, quien nos dijo que por la vejez su cadera se estaba atrofiando. Lo que me quedaba era cuidar de ella como ella había cuidado siempre de mí. El doctor le recetó una tableta

diaria por tres meses; eso haría que ella endureciera sus huesos y pudiera volver a moverse. Eso, acompañado de una pequeña rehabilitación: sacarla a caminar para que moviera sus patas.

Hoy han pasado tres meses y aquella medicina la ha curado. Ya se mueve por sí sola y ha vuelto a caminar. Fue muy duro, pero con fe, voluntad y tolerancia todo se puede. Sin embargo, tendrá que seguir tomando el medicamento toda su vida.

Y cómo no contar aquella gran prueba de fidelidad que me dio Camila. Hace dos meses tuvimos que mudarnos temporalmente de casa, pues a la de mis abuelitos le estaban realizando adecuaciones. Apenas llevábamos una semana en la nueva vivienda, que queda al otro lado de Otavalo, y salíamos con mis padres a las seis y media de la mañana. Mi perrita se quedaba en el patio de la casa; yo, de camino a las brigadas de mi colegio; mi madre, a su trabajo; y mi padre, a ayudar en las adecuaciones de la casa.

En el colegio me sentía muy intranquila y no sabía por qué, hasta que en la noche, al volver a casa, abrimos la puerta del garaje y Camila no estaba. La busqué y busqué pero se había salido por un hueco. Al parecer, se desesperó por quedarse sola y vio la forma de salir.

Salimos con mi padre en el carro, en bicicleta, a pie y hasta lo publiqué en las redes sociales para ver si alguien sabía de ella. Fue horrible, yo no paraba de llorar. Tenía miedo porque podía estar mal. Pasaron dos días y no asomaba. ¡Y no había tomado su medicina!

De pronto, sonó el celular de mi mami; era mi abuelito preguntando si mi perrita ya había aparecido. Mi mami le dijo que no y que justo íbamos a salir a buscarla, a lo que mi abuelito contestó:

—No, no vayan. La Camilita está acá en la casa, acaba de llegar.

Está coja, vengan a verla.

Mi emoción fue tan grande que no dudé en salir corriendo, subirme al carro e ir a verla. Estaba tan feliz que subí corriendo hacia la terraza y le di un abrazo. Estaba sucia y traía su pata lastimada. Desde ese día ya no se separa de mí, ni yo de ella, pues me dio una gran muestra de fidelidad a pesar de haber estado herida: sin fuerzas llegó a su vieja casa, la de mis abuelitos. Es increíble, pues tuvo que cruzar toda una ciudad para poder llegar.

Tener mascotas en mi vida implicó mucha responsabilidad desde pequeña, pues fue necesario velar por su cuidado y darles cariño. Ellas me han demostrado el verdadero amor, no con nada material, sino simplemente con aquellas caricias que llenan el alma. Lo que siento al verlas felices y saltando cuando llego a casa después de una larga jornada es muy difícil de explicar. Son emociones que muy pocos conocerán.

JAIME FLORES
estudia en la Unidad Educativa Intercultural Bilingüe Manuel J. Calle Guardiana de la Lengua.

Hermanos hasta el fin

En mi familia somos seis hermanos: dos varones y cuatro mujeres. Yo soy el segundo.

Desde la infancia me gustó estudiar y ponía mucha atención en clases. Con mi hermano estuvimos en el mismo grado, y no perdimos ni un año hasta terminar la primaria. Me acuerdo que mis padres no tenían suficiente dinero e íbamos sin colaciones; nos mandaban la comida en un platito.



Desde muy pequeño mi hermano me cuidaba. Me llevaba a la guardería agarrado de la mano y siempre por la acera. Cuando veía que venía un carro, se alejaba, esperaba a que pasara y después continuábamos. En la escuela compartíamos hasta los libros, porque nuestros padres no tenían para comprarle uno a cada uno.

Cuando estábamos en quinto grado ya trabajábamos: un tío nuestro tenía telares de madera, y tejíamos manillas de hilo. El pago dependía del número de manillas hechas, pero, en promedio, ganábamos 175 000 sucres (unos siete dólares) a la semana; era buen dinero para nosotros. Con ello algunas veces comprábamos comida, pero también ahorramos y nos compramos una bicicleta en la que corríamos a la escuela.

La otra cara de mi historia es diferente. Mi papá algunas veces salía a tomar, pero nunca decía a dónde, de manera que casi siempre salíamos a buscarlo con mi mamá y mi hermano, y dejábamos a mis cuatro hermanas en la casa.

Una de esas noches se repitió la historia, con el agregado de que ya eran las once. Ver a mi mamá tan preocupada nos entristecía, así que salimos a buscarlo. Caminamos más de tres kilómetros cuando vimos a papá volviendo chumado. A duras penas podía caminar; su brazo derecho iba agarrado a la bicicleta.

Mi mamá, por miedo a que la golpeara, no se acercó mucho. Ella llevó la bicicleta y con mi hermano cargamos a papá; él de los brazos y yo de las piernas. Lo más triste fue que apenas habíamos caminado unos metros cuando empezó a caer un tremendo aguacero. Ya era la una de la mañana y no pasaba ningún automóvil. Empapados y cansados llegamos casi a las tres.

A pesar de todo estábamos contentos, pues lo regresamos con vida. Además, mi mamá estaba más tranquila, y eso era lo que nos importaba. Al mismo tiempo teníamos miedo, pues cuando se chumaba sabía golpearla e insultarla. Me acuerdo que una vez la pateó cuando mi mamá estaba embarazada; no podíamos dormir tranquilos y llorábamos de miedo.

Ya de grandes y cada cual con su familia, con mi hermano compartimos otras experiencias. Una de las que más recuerdo ocurrió cuando migré con él a Brasil.

Una mañana, como de costumbre, salimos a vender. Estábamos con mi primo, un poco desconcentrados, cuando vimos que por los cuatro lados venían policías. Corrimos y nos libramos de uno, cuando otros dos se nos cruzaron en la calle. Antes de que pudiéramos escapar, uno sacó la pistola y me apuntó.

—¡Presenten los documentos! —nos gritó.

Al ver que no teníamos papeles, pues éramos ilegales, nos dijo que nos llevarían a la cárcel o nos deportarían. Sin embargo, como en aquella ciudad había cámaras de vigilancia que lo estaban grabando todo en el momento de la detención, no pudieron

atentar contra nuestra dignidad. No tuvieron más opción que dejarnos ir, pero nos quitaron toda la mercadería.

Me dejaron sin nada, porque hacía apenas tres meses que estaba allí. Ya no tenía dinero; lo poco que había conseguido lo había enviado a casa para pagar un préstamo. Pensaba seriamente en regresar, cuando mi hermano me dijo:

—Quédate, no te rindas. Te voy a prestar algo de dinero, pero trabaja.

Entonces me acordé de cuando, siendo niños, me tomaba de la mano y me llevaba a la escuela, de cuando corríamos en la bicicleta, de cuando vivíamos con nuestros padres… Incluso hoy, que cada cual tiene su familia, siempre estamos juntos.




MARÍA JOSÉ ACOSTA
estudia en la Unidad Educativa República del Ecuador.

Una aventura para recordar

Querido lector, es muy probable que lo primero que quieras saber sea dónde nací, cómo fue todo ese rollo de mi infancia, y qué hacían mis padres antes de tenerme, pero no te lo contaré, ya que les daría un ataque si yo me pusiera a hablar de su vida privada. Además, tal vez quieras conocer mi historia con el mejor regalo que he tenido; sin más que aclarar, empecemos.



Un día, mi padre decidió que ya era hora de quitarle las llantas de entrenamiento a mi bicicleta. Le había puesto de nombre Cleta, ya que con mi familia, cuando íbamos a Quito, acudíamos a desayunar a un bicicafé con el mismo nombre. Volviendo a aquel día inolvidable, mi padre aseguraba que después de tanta práctica con las llantas de entrenamiento ya estaba lista para dejarlas, por lo que llevó a Cleta al taller. Yo me quedé en casa, y hasta que mi padre llegara me puse mi ropa deportiva para salir a dar un paseo con mi querida bici, lo cual se sentía como una nueva aventura.

Después de un largo tiempo llegó mi padre y lo primero que hice fue salir corriendo a ver cómo había quedado Cleta. Al verla, sentí una gran emoción, ya que en cierta forma me hacía pensar que era una niña grande con una bicicleta para adultos. En ese momento, mi padre hizo la pregunta que anhelaba escuchar:

—¿A dónde quieres ir?

Salté de alegría y dije a cualquier lugar en que pudiera manejar libremente. Quizás no fue la mejor respuesta. Quizás debí decirle que me llevara a una pista para bicicletas, pero no lo hice, así que fuimos de paseo por el barrio San Juan. Cabe recalcar que sus calles son muy irregulares y llenas de baches.

Al instante de haber salido de casa me subí en Cleta. Al inicio manejaba con lentitud y nerviosismo, pues no era fácil mantener el equilibrio sin mis llantas de entrenamiento. Casi pierdo el control al girar, pero mi padre me sostuvo. Al salir de mi ciudadela ya manejaba con más velocidad y confianza.

Poco después llegamos al barrio San Juan. Ya le había sacado una distancia considerable a mi padre; por tal motivo, no podría volver a salvarme si estuviera a punto de caer.

Estaba feliz de manejar a Cleta, pero llegó la hora de volver a casa, y decidí ir por un atajo. Sin darme cuenta de un enorme bache, pasé sobre él y de repente salí volando. Solo cerré mis ojos. Al abrirlos me encontraba en el suelo y mi padre corría desesperado hacia mí.

Cuando llegó, me ayudó a levantarme y me preguntó si estaba bien. Yo solo estallé en llanto. Me ardían los raspones en mis rodillas, codos, antebrazos y manos, y al ver la sangre lo único que hacía era llorar aún más.

Entonces volteé a ver a Cleta y paré. Sentía decepción por no haber podido manejarla sin las llantas de entrenamiento. No quería volver a montarme en ella, así que mi padre la levantó y me llevó a casa. Cuando llegamos, le contamos lo sucedido a mi madre mientras me limpiaba los raspones con alcohol y algodón.

Pasaron los días y seguía sin querer subirme a Cleta. De repente me di por vencida y no volví a intentar manejarla. Me acobardó el solo hecho de pensar que pudiera volver a caerme. “De un golpe

aprendes", esas son las palabras de mi madre, ya que me rindo fácilmente en los deportes.

La carrera de ciclismo que quería seguir junto a Cleta se frustró, y por tal motivo decidí regalarla, para que alguien más la pudiera manejar. No olvidaré jamás el día en que llegó a mí, al igual que el día en que salí volando de ella.




FRANCELINA MARIBEL ESPARZA
nació en Otavalo, Imbabura, en 1966. Trabaja en la Unidad Educativa San Juan de Ilumán. Su actividad favorita es la promoción de la lectura.

Aída y sus monstruos silenciosos

En la ciudad de Otavalo existía un pueblo alejado llamado San Juan de Ilumán. Allí nació una niña, alegre e inquieta, llamada Aída.

Cuando tuvo edad, entró a estudiar a la escuela Faustino Sarmiento. Aquellos años fueron para ella los mejores. Aprendió mucho, hasta que tuvo que retirarse de la escolaridad en el tercer año lectivo, porque le tocaba ayudar a su madre en la casa y cuidar



de sus seis hermanos. Sus días se tornaron grises y difíciles, pero para Aída no fue obstáculo: en sus tiempos libres, a escondidas, tomaba un cuaderno y se ponía a estudiar o a repasar lo que había aprendido.

Un día, Alfredo, su padre, la encontró y le pegó brutalmente; Amelia, su madre, apoyó esa barbaridad como esposa abnegada, quizás por miedo a ser golpeada de la misma manera, aun sabiendo que lo que estaban haciendo no era correcto ni sensato. Amelia era la típica esposa de la época, sumisa al hombre de carácter fuerte y tajante. En la mirada de Aída se notaban el dolor, la indignación y la frustración de querer superarse pero no poder.

La niña se convirtió en una mujer hecha y derecha, de carácter fuerte y estricto; sin embargo, esto no hizo que Amelia y Alfredo la dejaran tomar decisiones por sí sola: decidieron casarla con un joven de su agrado. Aída, horrorizada, se opuso a semejante

disparate, pero eso no fue suficiente para que el matrimonio no se llevara a cabo.

Después de su boda, Aída no podía ver a su esposo. La irritaba el solo pensamiento de que la tocara, así que por un mes durmió en el suelo de la habitación. No obstante, esa situación a su esposo no le agradó; este le exigió que el matrimonio se hiciera efecto. La adolescente no pudo negarse, así que le tocó por las malas tener relaciones sexuales con su esposo. A medida que fueron pasando días, meses y años, Aída se acostumbró.

Aquella mujer luchadora, emprendedora, autosuficiente e independiente tuvo siete hijos: tres mujeres y cuatro varones. Su esposo un día desapareció, por irse en compañía de otra mujer.

Aída trabajaba en Ibarra y viajaba todos los días, puesto que iniciaba la jornada a las cuatro de la mañana lavando la ropa en la vertiente de San Juan Pogyo, retornaba cargando tinajas de agua a su casa, preparaba el desayuno y realizaba el almuerzo para que su hija mayor, Chela, lo recalentara y se lo sirviese a los demás hermanos. Después, se iba a trabajar en la Cedulación de Imbabura. Como dominaba el idioma kichwa, traducía lo que los indígenas mencionaban. Volvía a casa a las siete de la noche.

Salomón, el tercer hijo, veía que su madre se sacrificaba mucho y llegaba cansada a revisar sus tareas con el poco conocimiento que tenía. Un día decidió realizar sus deberes lo más pronto posible para de esa manera poder salir a vender helados o lustrar los zapatos en el parque de la parroquia. Todo lo que ganaba se lo entregaba a su madre, para ayudarla.

Los siete hijos, finalmente, tomaron distintos caminos y se casaron. La única que se quedó a vivir con Aída, aun casada, fue Nacha, quien dio a luz a Carmen, su primogénita, el 12 de enero de 1991.

A los cinco años del nacimiento de Carmen, se produjo una balacera en la ciudad de Cayambe. Un ladrón, al intentar robar el Banco Internacional, disparó a la cabeza de Juan, el esposo de Nacha. El derrame cerebral le produjo una muerte inmediata.

Aída y Nacha, tras ese suceso doloroso, se hicieron más unidas y cuidaron de Carmen e incluso de Ángel, hijo soltero y hermano que dejó de trabajar para dedicarse al alcohol y convivió en el domicilio de las tres mujeres.

Ángel tuvo un accidente de tránsito en el que se fracturó la caja torácica. Con los cuidados de Nacha, Aída y Carmen, se recuperó a los seis meses; no obstante, no dejó de consumir alcohol. El 9 de marzo del 2016 le dijo a Nacha que sentía un dolor intenso al respirar, que lo llevara al hospital. A las pocas horas, sufrió un paro respiratorio y murió.

Nacha llegó a casa con la noticia de que su hermano estaba muerto y Aída, al escucharlo, se desvaneció y entró en *shock*; no podía aceptar la realidad de enterrar a su hijo preferido. A los pocos meses falleció Salomón, con cáncer al pulmón. Pero Aída era tan valiente que terminó soportando la pérdida de sus dos hijos, además de las dolencias propias de su edad.

Aída era una señora muy conocida en el barrio, temida por su carácter pero respetada y apreciada por niños, jóvenes y adultos. Cuando Nacha se iba a su trabajo, Aída se levantaba de la cama y salía a la vereda a calentarse con el sol de la mañana. Cuando necesitaba algo, los vecinos la ayudaban a levantarse. Con decir que hasta los borrachos que pasaban por ahí le daban comprando las cosas que requería. Cuando Nacha regresaba del trabajo encontraba la comida hecha y en ocasiones regañaba a su madre por preocuparse tanto, pero aquella mujer independiente decía que quería ser útil y no una carga.

Cuando Aída empeoró de sus dolencias la trasladaron al hospital. Permaneció en emergencias dos semanas sin comer ni tomar agua. Se quejaba mucho y pedía la muerte. Le realizaron varios exámenes y descubrieron que tenía cáncer uterino. Permaneció en el hospital un mes y medio más para controlar sus dolencias, y sus hijos y nietas se turnaban para cuidarla.

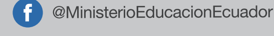
Noches y días sufría y lloraba, hasta que un día amaneció muy decaída, sin ánimos de hablar ni comer. Para los familiares empezó la ausencia de su alegría. Carmen, quien la había cuidado dos semanas seguidas, llamó a Nacha a decirle que la abuela estaba mal.

Nacha llegó al hospital cuando su madre ya agonizaba. Aída ya se había despedido de sus otros hijos, solo le faltaba ella. Cuando vio que la respiración de su madre se hacía más lenta, Nacha sintió que se le juntaban el cielo y la tierra. Se mantuvo a su lado llorando y pidiéndole que no la dejara sola, pero Dios se la llevó al reino de los cielos.

En la medianoche del 19 de enero del 2017, después de dos meses de lucha contra monstruos silenciosos (cáncer uterino, cirrosis hepática, insuficiencia cardíaca, hipertensión, insuficiencia renal y tiroides), Aída, esa mujer increíble, autosuficiente y guerrera, murió en manos de su amada hija Nacha, y descansó en paz.



En este libro encontrarás relatos que suceden en el ámbito de la familia. Abuelas, abuelos, tíos, tías, primas, primos, hermanos, hermanas, papás, mamás, hijos e hijas se encuentran para vivir historias cotidianas, curiosas o conmovedoras; algunas están cargadas de humor, otras de ternura y las hay incluso tristes. Todas estas narraciones forman parte de "Nuestras propias historias"; te invitamos a leerlas, quizás en alguna página encuentres la tuya.







/MinEducacionEcuador

/Educacionecuador





Dirección: Av. Amazonas N34-451 y Atahualpa Quito-Ecuador
Teléfono: 593-2-396-1300 / 1400 / 1500 **Código Postal:** 170507
www.educacion.gob.ec